

INTENCIONALIDAD Y SIGNIFICADO

El rasgo intencional del significado

Ingrid Vanessa Perlaza Garzón

Trabajo de grado dirigido por el profesor Mauricio Zuluaga, Ph. D., presentado para aspirar al título de Profesional en Filosofía

**Santiago de Cali
Universidad del Valle
Facultad de Humanidades
Departamento de Filosofía
Octubre de 2017**

INTENCIONALIDAD Y SIGNIFICADO

El rasgo intencional del significado

Ingrid Vanessa Perlaza Garzón

**Santiago de Cali
Universidad del Valle
Facultad de Humanidades
Departamento de Filosofía
Octubre de 2017**

AGRADECIMIENTOS

Gracias infinitas al mí director de tesis el profesor Mauricio Zuluaga por sus explicaciones, regaños (merecidos), tiempo, apoyo y paciencia quien hizo este camino algo menos difícil. A los lectores por sus recomendaciones y aportes que enriquecieron este esfuerzo. De igual forma quiero agradecer a cada uno de los profesores del departamento de filosofía por los conocimientos que compartieron a lo largo de la carrera pues no solamente me enseñaron a ver el mundo con otros ojos sino que motivaron una actitud crítica frente a la vida y que espero de ella. Sin duda alguna este camino fue algo no solamente enriquecedor sino ameno gracias a cada uno de mis compañeros de clases quien con sus aportes y locuras hicieron de esta etapa algo inolvidable.

Haber pisado la universidad y haber recorrido este camino se lo debo a una gran mujer mi madre. Sin ella y su apoyo hoy no podría recoger los frutos de mi paso por la universidad. Este logró es de ella quien en días interminables trabajó duro para que yo pudiera asistir a clases y aprender. Gracias a mi hermano y mi cuñada por su apoyo y motivación constante, sin duda una parte indispensable de mi vida. Y por último, pero no por ello no menos importante a mi novio por su apoyo incondicional, sus consejos y esfuerzos por motivarme a seguir adelante en los momentos de mayor confusión, estrés y desanimo.

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	5
I. La intencionalidad y su estructura	9
1. Definiciones preliminares: actos de habla Austin y Searle	<u>10</u>
1.2 Definición preliminar de intencionalidad	13
2. La estructura de la intencionalidad y los actos de habla	17
II. La causación, el significado, la constitución de los estados mentales en Searle y la propuesta externista de Putnam	28
2.1 Causalidad	28
2.1.2 Causalidad intencional de Searle	30
2.2 El significado en la teoría intencional de Searle	33
2.3 Propuesta externista de la constitución de los estados mentales	39
2.3.1 Hilary Putnam	40
III. Respuesta internista al problema del significado	45
3.1 Replicas a Putnam	45
3.2 Conclusiones finales	52
Referencias bibliográficas	56

Introducción

A lo largo de la historia de la filosofía la conexión que existe entre el hablante y el mundo ha tomado gran relevancia convirtiéndose en un sitio de discusión en común para muchos autores. Pensar en el hablante como un compuesto de dos o varias sustancias nos es familiar gracias a la influencia moderna de la metafísica cartesiana y a una tradición dualista que se puede remontar, según algunos críticos, a la filosofía antigua. Sin embargo, la influencia de la filosofía cartesiana ha sido, en este punto, determinante. En el siglo XVII la teoría dualista de Renato Descartes hizo que la filosofía se cuestionara acerca de la forma en la que conocemos el mundo. No obstante, en los estudios filosóficos hay un concepto que ha brindado una nueva forma de concebir esta conexión. El fenómeno de la ‘intencionalidad’ promete dar una solución simple y eficaz a los cuestionamientos sobre la conexión entre el hablante y el mundo. El análisis del concepto de la ‘intencionalidad’ no cobró gran relevancia hasta que dentro de los estudios filosóficos la mente y la conciencia tomaron un papel importante a la hora de explicar la interacción entre los hablantes y el mundo. La intencionalidad, entendida como la capacidad de la mente del hablante de dirigirse o ser sobre un objeto, evento o estado de cosas presentes en el mundo, facilitó la comprensión de cómo afectan los fenómenos psíquicos al mundo y cómo se debe hacer frente a las teorías dualistas y al escepticismo en relación con nuestro conocimiento del mundo que emergen de ellas. La capacidad intencional le permite al hablante no solo conocer, sino que también modificar el mundo externo.

Sin embargo, con el hundimiento del dualismo en los siglos XVIII y XIX surgieron nuevas corrientes que si bien estarían influenciadas por los problemas de causación provenientes del dualismo, presentaron nuevos puntos de vista. Una de las posturas emergente y contraria fue el llamado “monismo” que sostuvo que el universo está compuesto por una única sustancia. Esta postura se divide en dos versiones, la primera, es la “idealista” que asegura que la totalidad del universo es de carácter mental. Esta postura fue acogida, por un largo periodo y por grandes pensadores como Hegel, Berkeley y Bradley (Searle, 2006). La segunda, es la versión materialista que afirma que el universo es de carácter material, por lo tanto, si existen estados mentales estos pueden ser reducidos a estados físicos.

A pesar de estos grandes esfuerzos la brecha entre el hablante y el mundo seguía presente. En el escenario contemporáneo la teoría de Searle retoma y se apoya en el fenómeno ‘intencional’ para erradicar tal brecha y demostrar que es posible conocer el mundo que nos rodea. Si bien con Franz Brentano se había concebido la ‘intencionalidad’ como la capacidad que poseen todos los estados mentales para ‘dirigirse’ a las cosas o ‘ser acerca de’ ellas. Con Searle la intencionalidad no se entiende exclusivamente como la capacidad de la mente para dirigirse hacia el mundo sino que, contrario a toda la tradición filosofía, en la posición de Searle la intencionalidad era y es parte de los procesos físico-químicos que tienen lugar en estructuras evolucionadas tales como nuestro cerebro. Esta concepción resultó novedosa en el escenario filosófico.

Entender la intencionalidad desde este punto de vista implica que no existen dos sustancias que pertenezcan a reinos separados y, por lo tanto, que sean incompatibles entre sí. La intencionalidad de la mente es la encargada de enlazarnos con el mundo mediante nuestros estados mentales. Para Searle, el hecho de que poseamos intencionalidad se debe a la evolución biológica de la especie humana que ha alcanzado un alto nivel de complejidad. Por ello, él considera que la intencionalidad es una propiedad emergente de la condición biológica humana. Si aceptamos esto, podremos dar cuenta de cómo algo que no es físico pueda influir en algo físico y reducir el problema ontológico a una base explicativa en el naturalismo biológico.

Poseer intencionalidad es tener la capacidad de referir a algo fuera de sí mismo. Esta intencionalidad es propia de ciertos estados mentales y de ellos se derivan ciertas acciones, entre ellas, las de naturaleza lingüística. Por lo tanto, al examinar los fenómenos mentales es inevitable hacerlo a la luz de las teorías del lenguaje. La intencionalidad, capacidad intrínseca de la mente, posee diferentes direcciones de ajuste que permite la incursión del hablante en el mundo. Es por ello que es fundamental estudiar el impacto de la intencionalidad en el mundo y esta es la razón por la cual en el presente trabajo se reconstruirá la estructura de este fenómeno para ver cómo es que la mente logra impactar el mundo y significar efectivamente sobre él. Dado que la intencionalidad posee esta naturaleza direccionada es menester examinar la estructura en la que se realiza, esto significa que la reconstrucción se alternará entre las teorías de la mente y el lenguaje para examinar la realización de los estados mentales y su impacto en el mundo. La intencionalidad está presente en los actos de habla que realizamos a diario y, por lo cual, la teoría de los actos de habla propuesta por Austin y Searle es el primer paso para entender de qué forma nuestra mente interviene en el mundo.

Tanto los estados intencionales como los actos de habla comparten una estructura similar en su realización. El contenido proposicional, la fuerza ilocucionaria, el trasfondo, la red de creencias están determinados por la intencionalidad del hablante. Tanto los actos de habla como los estados intencionales poseen condiciones de satisfacción específicas que siempre están unidas en pro de cumplir con la intención del hablante. Por ello, teniendo en cuenta el hecho de que la intencionalidad es producida y ejecutada en la estructura cerebral debemos conceder entonces que los actos de habla que realizamos a diario son parte y producto de la misma intencionalidad. Esto quiere decir que la forma en la que nos referimos a los eventos, objetos y hechos del mundo depende de la intencionalidad, por lo tanto, la referencia o significado es el resultado de la intencionalidad de la mente, no obstante, dicha intencionalidad no solo abarca las emisiones sino que también cubre los movimientos corporales del hablante.

Esta capacidad intencional se encuentra presente no solo en los actos de habla y movimientos, sino que, podemos ubicarla en la capacidad perceptiva y las intenciones del hablante. Los estados mentales causados por las percepciones cuentan con condiciones

específicas de satisfacción que le permiten al hablante establecer una conexión con lo que existe en el mundo. Los sentidos, aunque engañosos, son parte importante de la forma en la que conocemos al mundo y nos referimos a él. De igual forma, la intencionalidad determina nuestras acciones incluso antes de que sean actos. El solo hecho de pensar en ‘saciar mi sed al ir por un vaso de agua fría’ implica todo un conjunto de condiciones de satisfacción que deben ser cumplidas para que mi deseo lo sea. Esta forma de interactuar con el mundo le permite a Searle sostener que el fenómeno causal es real y lo experimentamos a diario.

El naturalismo biológico de Searle parece responder a los interrogantes planteados por la visión dualista. Contrario a lo propuesto por las corrientes externalista, esta concepción de intencionalidad es tan fuerte que permite establecer que un hablante puede referir de múltiples maneras a un solo evento, hecho u objeto que esté presente en el mundo. La capacidad de referir está ligada a todo hablante que posea lenguaje. El significado o referencia otorgada por el agente a los diferentes objetos, eventos y hechos del mundo estarán irremediablemente permeados por la intencionalidad propia del hablante. En este caso en particular la intencionalidad tiene un carácter dinámico que conviértela emisión de cierto tipo de sonidos en algo significativo y con la capacidad para modificar el entorno y la realidad del hablante.

Por consiguiente, el hecho de que tanto los estados intencionales como los actos de habla compartan condiciones de satisfacción dependientes entre sí explica que el hablante sea capaz de modificar constantemente su realidad social y física. Los permanentes cambios de estados que realizamos todos los días nos abre constantemente un abanico de posibilidades en tanto exploramos la multiplicidad de aspecto bajo los cuales podemos conocer o referir un objeto.

Teniendo en cuenta la importancia del concepto de intencionalidad el presente trabajo tiene como finalidad analizar el impacto que tiene la intencionalidad dentro de las emisiones que proferimos constantemente, tanto para relacionarnos con otros hablantes como para conocer y reconocer el mundo que nos rodea. En primer lugar, se ofrecerá una posible definición del concepto de intencionalidad y de los actos de habla seguido de una reconstrucción en paralelo de ambas estructuras ofrecida por Searle. Con la finalidad de establecer las conexiones entre ambos fenómenos.

Atendiendo a las conexiones entre ambas estructura me centraré en explicar, de la mano de Searle, cómo la causalidad interviene en la relación establecida entre los estados intencionales y los actos de habla para, posteriormente, determinar, siguiendo a Searle, la composición de los estados intencionales. Una vez realizada la reconstrucción teórica de Searle se analizará bajo la propuesta externalista. En tercer lugar, se presentarán las réplicas del externalismo a la teoría de Searle para, finalmente, concluir que la intencionalidad, como propiedad intrínseca de la mente del hablante es la que le permite realizar actos de habla significativos.

Para realizar este esfuerzo reconstructivo e interpretativo, se empleará como *corpus* teórico los textos *Intencionalidad: un ensayo en la filosofía de la mente*, *Actos de habla: ensayo de filosofía del lenguaje*, *El redescubrimiento de la mente*, “*La mente, una breve introducción*”, “*Mentes, cerebros y ciencia*” y el artículo “From Biological Naturalism” de Searle. De Austin se examinará su obra *Cómo hacer cosas con palabras* y “*Representación y realidad*” de Putman.

PRIMER CAPÍTULO

LA INTENCIONALIDAD Y SU ESTRUCTURA

A lo largo del presente trabajo se advertirá cómo es posible que cuando emitimos oraciones mediante el lenguaje ya sea oral o escrito como, por ejemplo, ‘trae las prácticas’, ‘deseo beber agua’, ‘¡sal de aquí!’, ‘¡no pase!’, etc. lo hacemos de forma significativa y además asumimos que otros agentes son capaces de entender y cumplir con tales peticiones. El análisis de expresiones tan usuales como las anteriores nos permitirá explicar la esencia de la intencionalidad. Dicho fenómeno permite contemplar la capacidad de la mente del hablante para referir a objetos, estados de cosas o eventos del mundo. Por lo tanto, el presente capítulo tiene como fin último abordar el concepto de intencionalidad de Searle expuesto en su libro *Intencionalidad: un ensayo de la filosofía de la mente* (1992).

‘Intencionalidad’ es un término que surge dentro del análisis psicológico de Brentano en su *Psicología desde un punto de vista empírico* (1874), que es acogido por la filosofía de la mente, y cuyas repercusiones en el ámbito de la filosofía del lenguaje son innegables. Por esta razón, el presente análisis se dará de forma análoga al estudio de los actos de habla propuesto por Austin y, posteriormente, por Searle. Se dará así un tratamiento especial a algunos aspectos relevantes del lenguaje para lograr observar las conexiones entre la intencionalidad y el lenguaje mismo. Para Searle, la intencionalidad permite explicar la conexión entre el agente y el mundo mediante el análisis de estados intencionales de distintos tipos (creencias, deseos, percepciones, intenciones, etc.). Estos estados intencionales por medio del contenido proposicional, el modo psicológico y la dirección de ajuste –conceptos que aclararemos más adelante- le permiten al agente hacer referencia a múltiples objetos y estados de cosas e incluso a entidades ficticias (como Superman, el círculo cuadrado, un perro con alas, etc.). Estos planteamientos le permitirán a Searle afirmar que la intencionalidad es un rasgo propio de la mente que permite la relación entre el agente y el mundo (1992, p. 17). Es precisamente esta afirmación el objeto de explicación en nuestro primer capítulo. Para ello, en primer lugar, se expondrán las definiciones preliminares de los actos de habla y de la intencionalidad.

En segundo lugar, tomaremos como casos paradigmáticos las creencias, los deseos, las percepciones y las intenciones, pero intenciones en el sentido de intencionalidad (direccionalidad) de la mente y no como determinación de la voluntad del hablante en sentido común ya que estos fenómenos son los más usuales dentro de la interacción entre hablantes. Estos estados intencionales nos permitirán mostrar la estructura de la intencionalidad misma. Entender el funcionamiento de la intencionalidad nos permitirá comprender, en un primer momento, que la intencionalidad nos posibilita la interacción con el mundo. Esta tesis allanará el camino para posteriormente comprender cómo la intencionalidad es intrínseca a la mente y, por medio de la cotidianidad, logramos imprimir significado a los signos lingüísticos (Searle, 2006, p. 207).

1. Definiciones preliminares: actos de habla Austin y Searle

Tanto dentro de la filosofía de la mente como de la filosofía del lenguaje hay cuestiones interconectadas que tienen gran importancia para el análisis del mundo y de la interacción humana. Pensar en cómo una emisión de sonidos con carga significativa nos acerca o conecta con el mundo es una cuestión que nos seduce. Algunas de las cuestiones más significativas son ¿de qué forma se relacionan los actos de habla emitidos por un hablante con el mundo? y ¿cómo es posible que yo pueda decir algo de forma significativa y que mi interlocutor pueda entenderlo? Ambas cuestiones serán un punto de partida para este análisis. Para abordar el estudio de la intencionalidad Searle inicia retomando la teoría de los actos de habla, para mostrar la estrecha relación entre estos y los estados intencionales, para luego explicar el alcance de la intencionalidad. Por lo tanto, se partirá con las definiciones preliminares de los actos de habla en Austin y, posteriormente, se abordará la taxonomía de Searle, esto con el fin de observar cómo los estados intencionales se reflejan en los actos de habla.

Para iniciar se hará un breve resumen del trabajo de Austin en su texto *Cómo hacer cosas con palabras* (1955), pues es importante entender cómo usamos el lenguaje y, para ello, se tomará como punto de partida su análisis teórico. Luego se establecerá su influencia en la teoría de Searle acerca de los actos de habla en su texto *Actos de habla: ensayo de filosofía del lenguaje* (1969). Ambos autores inscriben sus teorías dentro de una corriente principalmente pragmática del lenguaje en la que se sostiene que “decir es hacer”. Cuando un hablante emite expresiones lingüísticas no sólo logra con ello referirse a un mundo objetivo, también tiene la posibilidad, entre otras cosas, de crear nuevos estados de cosas en el mundo. Es menester dejar de analizar el lenguaje únicamente en términos del valor de verdad de las proposiciones expresadas, porque el lenguaje puede analizarse desde un abanico más amplio de posibilidades. Las emisiones emitidas por un hablante no se limitan, exclusivamente, a informar sobre el estado de cosas presente en el mundo. Por el contrario, las emisiones pueden modificar el entorno del hablante. Entender el lenguaje como acción permite afirmar que con las emisiones se puede crear nuevos estados de cosas en el mundo. Considérese, por ejemplo, el caso de un juez, quien al emitir la sentencia ‘Lo declaró culpable’ genera un cambio en el estado y las funciones del hablante, en este caso, del culpable. Tanto para Austin como para Searle realizar una emisión en este nuevo panorama equivale a realizar un “acto” de habla y este, a su vez, puede implicar la emisión de ciertos sonidos o el trazo de cierto tipo de caracteres con contenido significativo.

Austin investigó la pluralidad de experiencias y de matices que permean al lenguaje, analizando dos tipos de oraciones: las constatativas y las realizativas. De emisiones tales como “está lloviendo”, según Austin, se puede predicar verdad o falsedad al constatar la emisión con la realidad, están serán denominadas como “expresiones constatativas. Por el contrario, cuando tenemos frente a nosotros emisiones como “los declaro marido y mujer” evidentemente no estamos describiendo nada del mundo, estamos frente a la creación un

nuevo estado de cosas, y a estos enunciados Austin los denomina como “expresiones realizativa” (Cfr. 1995. P. 3-9).

Las emisiones del primer tipo tienen como propósito principal informar algo del mundo. Si emito,, por ejemplo, la expresión: “¡hace calor!” mi propósito únicamente sería informar que mientras me encuentro escribiendo siento calor o está haciendo calor en el entorno físico circundante. Con las emisiones del segundo tipo ejecutamos acciones. Por ejemplo, si emito expresiones como “te ordeno salir de la habitación” o “prometo llevarte a casa”, bajo ciertas condiciones y frente a otras personas, esto será suficiente para que cuente como acción, la acción de ordenar o prometer. Este último tipo de emisiones posee efectos performativos que tienen como objetivo persuadir al interlocutor. Así, por ejemplo, en el caso de “te ordeno salir de la habitación” lo que se busca es persuadir al interlocutor para que acate la orden y abandone la habitación.

Esta concepción plantea que el ideal propuesto por el formalismo según el cual un único sistema de reglas determinaba la verdad y la falsedad de los enunciados, aunque tiene un valor especial para la ciencia, es insuficiente, dado que tales enunciados no abarcan la totalidad de las emisiones que son proferidas en los diversos usos del lenguaje. Las emisiones no tienen que ser entendidas únicamente en términos de su valor de verdad o falsedad. Dentro del análisis formal del lenguaje era necesario que existiese únicamente una relación lógica entre las palabras y los hechos a los que refieran de forma directa de manera tal que no se generaran ambigüedades sobre la naturaleza del término. Pero, el lenguaje es mucho más que meras descripciones. El lenguaje no está sólo para informar sobre el mundo, la concepción tradicional no tenía en cuenta el impacto provocado por los componentes sociales y culturales que permean el sentido y la función de los mismos. Para la tradición estos atributos no encajaban dentro de la rígida estructura lógica. Los enunciados no solo están para relacionar hechos descritos por él, por el contrario, la capacidad del lenguaje es más amplia y permite ajustar el significado o el sentido del mismo a una multiplicidad de posibilidades. Por ello desde la Conferencias VIII hasta la Conferencia XII Austin adiciona algunos elementos a su tesis principal: “decir algo” es “hacer algo” y re-define sus conceptos de emisión constatativa y emisión realizativa y ofrece un nuevo sentido a su tesis, para ello examina de forma detallada los elementos circundantes a la emisión. Distinguir entre los diversos procesos que se llevan a cabo durante la emisión de un hablante al momento de realizar el acto de habla permite evidenciar que una emisión con sentido o sin sentido en todo caso implica siempre una acción, así Austin establece estas distinciones bajo signo de ‘A’:

A.a) es siempre realizar el acto de emitir ciertos ruidos (un acto “fonético”) y la expresión es un phone¹; A.b) es siempre realizar el acto de emitir ciertos vocablos o palabras, esto es, ruidos de ciertos tipos pertenecientes a cierto vocabulario y en cuanto pertenecen a él, emitidos en una construcción determinada —es decir, que se adecuan a cierta gramática y en cuanto se adecuan a ella—, que se

¹El phone es el acto de emitir determinados sonidos sin sentido.

emiten con cierta entonación, etc. Podemos llamar a este acto un acto “fáctico” (“phatic”) y a la expresión que en ese acto se emite un “pheme” (como cosa distinta del phememe de la teoría lingüística); y A.c) generalmente, es realizar el acto de usar tal pheme o sus partes constituyentes con un “sentido” más o menos definido y una “referencia” más o menos definida (“sentido” y “referencia” que tomados conjuntamente equivalen a “significado”). Podemos llamar a este acto un acto “rético” (“rhetic”), y a la expresión que en este acto se emite un “rheme” (cfr.1955, p.60-61).

En este nuevo sentido, decir algo siempre es hacer algo. Esta forma de entender los usos del lenguaje lleva Austin a re-denominar la emisión de actos de habla en actos locucionarios, ilocucionarios y perlocucionarios. Al distinguir el acto fonético, el factico² y el rético³ Austin deja ver otro aspecto importante del acto de habla que corresponde a la intencionalidad que es aplicada en una emisión para hacer algo. Los actos de habla del tipo locutivos se refieren a la emisión de oraciones con sentido y referencia; los ilocucionarios son todas aquellas emisiones que tiene un fin específico (prometer, etc.) y los performativos son emisiones que producen afectaciones en el mundo. De esta manera, cada vez que se produzca una emisión, se podrá identificar el objetivo y el significado de la misma. El propósito de Austin es establecer una lista de verbos que le permitieran establecer el tipo de acto realizado, no obstante, reemplaza esta idea por un conjunto de fuerzas ilocucionarias que especifican el tipo de acto realizado. Austin finaliza analizando algunas clases de verbos que le permitirán establecer una nueva clasificación de los actos de habla, estos serán divididos en actos de habla judicativos, ejercitativos, promisorios, comportativos y expositivos (cfr. Austin, 1955, P. 97-109).

Siguiendo lo propuesto por Austin aparece en el escenario filosófico Searle ampliando y refrescando la teoría de los actos de habla. Searle sostiene que “hablar un lenguaje supone participar de una conducta gobernada por reglas” (Searle, 1994, p. 25). Esto quiere decir que, cuando usamos el lenguaje, lo que hacemos en su mayoría es referenciar constantemente el mundo por medio de las características propias del lenguaje. Searle, siguiendo la línea teórica de Austin, introduce los elementos ilocucionarios y perlocucionarios en la caracterización de los actos de habla. El denominado acto ilocucionario de Austin fue el punto de partida de su teoría para el desarrollo de su estudio. Searle distinguirá, como veremos más adelante, entre el contenido proposicional y la fuerza ilocucionaria del acto y dejará de lado la idea de equiparar los actos ilocucionarios con un determinado verbo. El significado y el componente intencional impreso en una emisión dependerán de las reglas y de las convenciones que existan entre los interlocutores. Adicionalmente, Searle revitaliza dentro de la estructura el elemento de ‘la referencia’ como un acto ilocucionario más. El objetivo principal de Searle es elucidar tanto el carácter dinámico del lenguaje como la capacidad de los usuarios mismos para crear cosas en el mundo. Según él, el lenguaje posee la capacidad de crear nuevas instituciones o estados de cosas en el mundo ya que es un andamiaje de reglas constitutivas que le permiten a un

²El acto fáctico o *phemees* considerado como la unidad mínima del lenguaje.

³ El acto rético o *rheme* es la unidad mínima de habla.

agente, en condiciones especiales, emitir expresiones que generen nuevos eventos o estados de cosas. Por ejemplo, en una ceremonia de matrimonio. Cuando el sacerdote dice, en condiciones ideales, “los declaro marido y mujer” lingüísticamente se crea una nueva institución, a saber, la del matrimonio.

De acuerdo con Searle, el significado está determinado por tres condiciones. Primero, la capacidad de un agente para realizar un acto de habla. Segundo, la capacidad de un interlocutor de comprender lo que un emisor intenta hacer. Tercero, el intento por parte de un agente de que un interlocutor reconozca su acto de habla en virtud de las reglas y convenciones operativas para cada situación de emisión. Por ejemplo: A) si expreso que “prometo ir con ustedes a comer” entonces, B) mi interlocutor debería reconocer (conocer) que he hecho una promesa, porque sabe qué significa prometer y cuáles son sus implicaciones, y C), intento que mi interlocutor reconozca mi intención de “ir a comer” mediante la promesa en relación con las reglas y convenciones de nuestro lenguaje. Todas estas cuestiones van de la mano con el propósito principal de la presente monografía que busca responder a las preguntas planteadas al inicio del texto, tal propósito consiste en reconstruir teóricamente la postura de Searle frente al problema de la constitución de los estados mentales en paralelo al contenido semántico de los actos de habla.

1.2 Definición preliminar: intencionalidad

Tomando como punto de partida las definiciones de acto de habla de Austin y Searle podemos proceder a intentar responder la pregunta ¿cómo es posible que yo pueda decir algo de forma significativa? Pero, antes de ello, es indispensable saber a qué nos referimos cuando hablamos de ‘intencionalidad’. Como ya se indicó en la introducción, cuando hablamos de intencionalidad, hablamos de un concepto inscrito en el área de la filosofía de la mente que hace referencia a la capacidad que tiene la mente de un hablante para dirigirse hacia un objeto o evento del mundo. El concepto de ‘intencionalidad’, dentro de la filosofía de la mente cobra gran relevancia con Brentano y su psicología, en la obra *Psicología desde un punto de vista empírico*. En este trabajo Brentano propone usar las bases de las ciencias físicas para el estudio de la mente. Brentano logra establecer las diferencias entre los fenómenos físicos y los psíquicos de la siguiente manera:

Todo fenómeno psíquico está caracterizado por lo que los escolásticos de la Edad Media han llamado la inexistencia intencional (o mental) de un objeto, y que nosotros llamaríamos, si bien con expresiones no enteramente inequívocas, la referencia a un contenido, la dirección hacia un objeto (por el cual no hay que entender aquí una realidad), o la objetividad inmanente. Todo fenómeno psíquico contiene en sí algo como su objeto, si bien no todos del mismo modo. En la representación hay algo representado; en el juicio hay algo admitido o rechazado; en el amor, amado; en el odio, odiado; en el apetito, apetecido, etc. (Brentano, 1935, p. 81-82).

Para Brentano la ‘intencionalidad’ es una propiedad de todos los estados mentales para dirigirse o ‘ser acerca de’ otras cosas. La intencionalidad dentro de la psicología de Brentano es parte de lo que él caracteriza como consciencia. Los fenómenos psíquicos comprendidos por Brentano poseen una relación estrecha con la percepción ya que mediante ella podemos, de forma reflexiva, saber el contenido de nuestras mentes mientras que la percepción dada por los sentidos nos informa de los objetos y eventos de nuestro entorno. Por ello, es vital mantener presente la distinción fundamental entorno a los conceptos de ‘intencionalidad’, ‘intencional’ e ‘intención’. Hablamos de ‘intencionalidad’ cuando tenemos un acto de habla o un estado mental con la capacidad de referenciar el mundo. Ahora, el término ‘intencional’ refiere a actos (mentales o de habla) direccionados a un objeto o evento del mundo. Y por su parte, el concepto de ‘intención’ está ligado a la idea de determinación de la voluntad del hablante como una motivación para realizar determinada acción (cfr. Pajudas, 1988). Teniendo presente estas definiciones podemos, por un lado, proceder a reconstruir la estructura de la intencionalidad propuesta por Searle y, por otro lado, preservar este sentido de ‘intencionalidad’, ‘intencional’ e ‘intención’ a lo largo del presente trabajo.

Ahora bien con Searle, la intencionalidad sigue entendiéndose como el rasgo intrínseco de los estados mentales en virtud del cual ellos se dirigen a objetos y a estados de cosas (Cfr. Searle, 1992, p.17; 2006, p. 212). Es decir, que poseer intencionalidad en este sentido es tener la capacidad de referirse a estados de cosas. Llamaré a estos estados intencionales, EI. Los EI se manifiestan paradigmáticamente en los actos de habla y explican porque estos *tienden* hacia un objeto o *son* acerca de algo. Sin embargo, para Searle la intencionalidad es posible porque la especie humana alcanzó un alto nivel de complejidad en lo referente a su estructura biológica. Y esta evolución hace que este rasgo intencional sea propio (intrínseco) a la mente del hablante. Dado que la intencionalidad posee este carácter direccionado, Searle advierte que la intencionalidad tiene diferentes direcciones de ajuste que permiten la satisfacción o no del EI. Por ejemplo, las creencias, están direccionadas a algo en el mundo. Así, si tengo la creencia de que “hoy es martes” entonces mi creencia está dirigida al hecho de que hoy es martes. Los deseos, por su parte, también son una forma, entre otras, de intencionalidad. Así, si tengo el “deseo de comer” entonces mi EI estará dirigido a cumplir el deseo de comer. La intencionalidad es entonces una respuesta a la pregunta de ¿cómo es posible que la mente logre referir a cosas del mundo? Una interpretación más contemporánea de esta pregunta sería ¿cómo es posible que la interacción de diversos procesos cerebrales (procesos físicos) de un agente le permita a éste tener estados mentales tales como creencias y deseos? A este interrogante diversas corrientes filosóficas han intentado darle solución, entre ellas la corriente dualista que al sostener la existencia de dos reinos, el físico y el mental, afirma que el reino de lo mental es el responsable de toda interacción de la mente con el mundo. Sin duda, el dualismo está abierta a múltiples objeciones, pero estas solo podrán ser abordadas si entendemos la intencionalidad. Para ello analizaré la relación hablante-mundo ya que esto permitirá explicar la intencionalidad.

Dada la naturaleza direccionada de la intencionalidad, es decir, dado el hecho de que los fenómenos mentales son ‘de’ o estén dirigidos ‘a’, se hace imprescindible estudiar su impacto sobre el lenguaje. Dentro del ámbito lingüístico todo acto de habla realizado tiene impresa una significación que permite la interacción entre los hablantes mismos. En este caso para Searle el significado puede entenderse como intencionalidad derivada de la mente, es decir, que significado equivale a la capacidad de referir que poseen los hablantes. Esta capacidad de referir es propia de cada agente que posea un lenguaje, por ello, cuando un hablante realiza una referencia sobre un signo lingüístico éste impone un significado sobre ese objeto. Con esta imposición de significado es que se da la relación entre hablantes y entre los hablantes y el mundo. No obstante, es importante resaltar que la intencionalidad abarca tanto las emisiones como los movimientos corporales de los hablantes.

Ahora bien, el hecho de que la mente del hablante posea un contenido intencional no implica la creación de múltiples lenguajes privados. Por el contrario, lo que hace la intencionalidad es imponer un significado matizado (por las experiencias, por la cultura, etc.) a tales signos. La importancia de la intencionalidad en este ámbito radica en que, a través de ella, esperamos comprender cómo la emisión de cierto tipo sonidos en la realización de un acto de habla se convierte en un trozo de oración significativa. Para comprender dicho proceder intencional de la mente es necesario definir la estructura de la intencionalidad con el fin de entender cómo la mente impone su intencionalidad a objetos, eventos y estados de cosas.

Como vimos, entender en Searle cómo es posible la intencionalidad supone adoptar una nueva perspectiva frente al problema mente-cuerpo, perspectiva que posteriormente definirá como particular. Las explicaciones ofrecidas por Searle parten de algunos hechos y teorías (teoría de la evolución) aceptadas por la mayoría de las personas, tanto legas como no, para sustentar la hipótesis de una relación directa entre el cuerpo y la mente del hablante. Este enfoque es considerado como ‘biologista’ y pretende ofrecer una explicación a la interacción física (visible) entre el cuerpo y la mente. Para Searle, su naturalismo biológico no enfrenta la incertidumbre heredada por la tradición cartesiana, y plantea que la mente es parte y producto de los acontecimientos físico-químicos que tienen ocurrencia en la estructura física del cerebro (Searle, 1992, p. 268; 2006, p. 147-149). Por tanto, una explicación de la presencia de la intencionalidad es mostrar que ella es un producto evolutivo de la especie humana, es decir, la intencionalidad es fruto de la evolución de nuestra biología (cerebros y procesos cerebrales): “Tenemos pensamientos y sentimientos conscientes, causados por procesos neurobiológicos en el cerebro; y esos pensamientos y sentimientos existen como características biológicas del sistema cerebral” (Searle, 2006, p.147).

Es necesario aceptar, por un lado, el enfoque internista poco común de Searle en lo concerniente con los problemas mente-mundo y el fenómeno de la intencionalidad. Y, por

otro lado, su renovada visión del concepto de ‘representación’⁴. Searle entiende por ‘representación’ un *conjunto de símbolos mentales* que presentan un objeto al hablante. No obstante, para Searle la ‘representación’ abarca todos aquellos elementos que direcciona el estado mental hacia su objeto. Este enfoque poco usual admite explicaciones de sentido común, como lo veremos más adelante. En conclusión, hablar de intencionalidad en Searle implica hablar de una propiedad intrínseca de la mente con la que un agente consigue relacionarse con el mundo mediante el lenguaje haciendo referencia a objetos o eventos. Entender en términos evolutivos la intencionalidad le permite a Searle analizar el contenido de los EI desde un punto de vista menos complejo.

Resulta indispensable para el análisis de los EI tener presente la diferencia entre intencionalidad con ‘c’ e intensionalidad con ‘s’. Por ‘intencionalidad’ con ‘c’ uno se refiere a las propiedades de la mente intrínsecas de la mente del hablante para referir, impactar y representarse los eventos y objetos del mundo. La ‘intencionalidad’ con ‘c’ tiene, así, un carácter extensional. Que un EI sea extensional implica que se pueden reemplazar las proposiciones del acto de habla por otras, sin que se pierda el valor de verdad del acto de habla. Por ejemplo, ‘hoy vi a Lara jugando en el parque’ puede ser reemplazada por ‘hoy vi a la hija de Violeta jugando en el parque’. En ambos casos, la proposición es verdadera. Por su parte la ‘intensionalidad’ con ‘s’ hace referencia a la propiedad de algunos enunciados para representar estados intencionales con ‘c’. Es decir, son una representación de una representación y, por ello, no tienden a cumplir los test de sustitución y extensionalidad. Si expreso, por ejemplo, ‘creo que Valentina cree que hoy es la clausura’, las condiciones de satisfacción de mi creencia, en este caso, están supeditadas no al hecho de que hoy sea la clausura, sino a la creencia de Valentina. Es decir, mi creencia es una representación de la representación de Valentina. Aunque algunos enunciados intencionales refieren a estados intencionales, esto no quiere decir que todo contenido intencional tenga rasgos intencionales. En otras palabras, los son una representación de sus condiciones de satisfacción, pero los enunciados intencionales son representaciones de dicha representación. Por ello, las condiciones de satisfacción para estos casos no dependerán del mundo físico, sino de que estos estados intencionales se ajusten a las representaciones del EI del hablante (Searle, 2006, p. 37-40). “Una vez más, el hecho de que la frase intensional con ‘s’ sea una representación explica su intensionalidad” (Searle, 2006, p. 224).

2. La estructura de la intencionalidad y los actos de habla

Siendo la intencionalidad una propiedad de ciertos estados mentales en virtud de la cual estos se dirigen o son sobre objetos y estados de cosas, es menester esbozar su estructura para comprender cómo funcionan (Searle, 1992, p. 17). Por un lado, algunos EI del tipo de

⁴ El concepto de representación se ha entendido como parte de un proceso cognoscitivo del hablante desde cual este intenta conocer el mundo exterior. La representación se concebido como proceso sensorial desde el cual el hablante puede percibir el mundo y posteriormente conocerlo. También correspondencia entre los objetos del mundo y la representación mental del hablante, entre otras. El concepto de representación posee múltiples interpretaciones, no obstante, el sentido de representación empleado aquí no dista mucho del de la tradición.

los deseos son denominados por Searle como EI primitivos porque responden a necesidades biológicas del hablante. Por ejemplo, en ‘deseo beber agua’ o ‘deseo comer’ se presenta un tipo de EI que parte de una actividad propia del cerebro y que posteriormente culminan con la acción intencional del hablante. Por otro lado, los EI del tipo de las creencias poseen una mayor complejidad, debido a que tiene su origen en la relación entre procesos biológicos y condiciones constitutivas (cultura, religión, lenguaje, política, etc.) de la realidad social que determinan al agente. Un ejemplo de ello sería posibilidad de expresar que “creo que los bancos sirven para guardar el dinero”. En su mayoría los EI son conscientes, esto es, el hablante sabe que tiene un EI (de cualquier tipo) y sabe cómo satisfacerlo y ello significa que se rigen bajo la autoridad de la primera persona, es decir, que el agente sabe que posee EI y sabe cómo y por qué los posee.

Aunque los EI en su mayoría son ‘de’ o ‘sobre’ estados de cosas ello no quiere decir que estén limitados a dar cuenta sólo de los aspectos físicos del mundo (hechos brutos y sociales). Por el contrario, un agente puede tener un EI sobre entidades inexistentes físicamente, por ejemplo: los números, Thor el dios del rayo, Dios, lo bueno, etc. Si bien, la mente puede generar EI inscritos en el marco de la imaginación o ficción, esto no supone la creación de entidades que sirvan como referente de dicho estado. Un agente no necesita que su EI posea una extensión, para que su contenido cuente como verdadero, por lo menos para él. Por el contrario “un estado intencional tiene un contenido (...), pero no es sobre ni está dirigido a su contenido (...)” (Searle, 1992, p. 32). Es decir, que las condiciones de satisfacción adjuntas al EI que refieren al objeto imaginario no se satisfacen, pero ello no implica que dicho EI no cuente como tal. Con este tipo de EI el agente no se compromete de igual forma con la verdad de su creencia (Searle, 2006, p. 211). Un agente que tiene un EI que es ‘de’ o ‘sobre’ un estado de cosas se compromete implícitamente con la verdad de su creencia razón por la cual si la creencia del agente resulta falsa el agente deberá y tendrá la opción de modificar su creencia. “La intencionalidad de la mente posee un carácter perspectivista ineliminable, y este carácter ha de tener un reflejo en el lenguaje con el que describimos el contenido intencional” (Moya, 2004, p. 21).

Una forma de comprender cómo se conectan los objetos, estados de cosas y los EI que representan dichos objetos se da al realizar un análisis de las estructuras de los actos de habla efectuados en el lenguaje y de los EI con el fin de comprender los enlaces entre uno y otro e identificar el sentido en que estos últimos representan. Dentro de la estructura de los actos de habla se puede identificar, en primer lugar, un contenido proposicional, dicho contenido está constituido generalmente por oraciones completas compuestas por predicados, nombres propios, pronombres, frases nominales, verbos, entre otros. Sin embargo, el contenido proposicional también puede estar constituido por una sola palabra. El contenido proposicional es susceptible de ser interpretado de diversas formas, las formas de dicha multiplicidad de interpretaciones son denominadas, por Searle, formas aspectuales. Junto al contenido proposicional se reconoce la existencia de una fuerza ilocucionaria, que identifica el tipo de acto de habla realizado a propósito de aquel contenido proposicional. La fuerza ilocucionaria viene dada por la cadencia, el énfasis, la entonación, la tonalidad, el uso

de adverbios o la presencia de frases adverbiales, tono de voz y modo usado en la locución. Por ejemplo, en el acto de habla ‘¡cállate!’ tanto el contenido proposicional como la fuerza ilocucionaria permiten informar la intención y evidenciar el tipo de acto expresado por el agente que, en este caso, se trata de una orden. Dentro de la teoría de los actos de habla de Searle estos componentes están representados por la fórmula ‘F(p)’ donde ‘F’ es la fuerza ilocucionaria y (p) la proposición (Searle, 1994, p.40).

Por su parte en los EI se habla de un ‘contenido representativo o proposicional’ acompañado de un ‘modo psicológico’. El contenido representativo está compuesto ya sea por una oración completa o una incompleta que refiere a los objetos o estados de cosas. Si expreso, por ejemplo, “el río está seco” o “deseo que el río no esté seco”, el contenido proposicional es representativo, en el sentido en el que la oración representa las condiciones necesarias para que el EI sea satisfecho. En el caso de la expresión “el río está seco” el contenido proposicional y/o representativo explicita que para que el EI sea satisfecho el río en efecto debe estar seco. Por otro lado, el modo psicológico refiere a la disposición del agente frente al EI, es decir, el agente puede expresar junto a sus creencias, deseos, miedos, amor, temor, desesperanza, desolación, felicidad, etc. un estado emocional que complementa su EI. Ambos elementos están denominados como actitudes proposicionales. Ellos permiten que se establezca; primero, el tipo de estado aun cuando el contenido representativo no se encuentre explícito en la emisión, En la emisión del acto de habla ‘¡Violeta vendrá ahora!’; el modo psicológico me permite establecer que la emisión es una creencia dada la disposición del agente. Segundo, permite identificar el EI cuando el contenido representativo sea el mismo en dos emisiones, por ejemplo: ‘¡Violeta vendrá ahora!’ y ‘¿Violeta vendrá ahora?’ el modo psicológico me permite establecer si se trata de una creencia (en el primer caso) o de una pregunta que implica un deseo (en el segundo caso), una intención, una angustia, felicidad, temor, etc. Estos componentes del EI pueden representarse de la siguiente forma, según Searle, ‘E(r)’ donde ‘E’ representará el modo psicológico y ‘(r)’ el contenido representacional y, ‘E(n)’ para los estados mentales con proposiciones incompletas donde ‘(n)’ es un nombre o una referencia’ (Searle, 1992, p. 21).

En segundo lugar, los EI que se refieren a objetos, estados de cosas y eventos tienen la *posibilidad* de ajustarse (tienen direccionalidad) con el mundo en dos formas. La primera, de mente a mundo, esto quiere decir que el EI *intenta* acoplar su contenido representacional al mundo físico, es el caso de las creencias, las convenciones, etc. La forma en la que el agente puede verificar que el ajuste se ha dado es preguntándose si la creencia corresponde fielmente con el objeto, estado de cosas o evento y si el agente se percató de que su creencia está errada constantemente podrá modificarla. Así podrá predicar verdad o falsedad de ella. La segunda, de mundo a mente. En esta forma de relación los EI idealizan los objetos, estados de cosas y eventos y este es quien debe procurar ser fiel a la representación. Algunos casos de este tipo de relación son los deseos o las órdenes. El agente que posea un EI del tipo de los deseos podrá verificar el ajuste del mismo en tanto se pregunte si el mundo ha satisfecho o no su deseo. Empero, algunos EI poseen una dirección de ajuste nula esto

significa que el EI no tiene pretensión alguna de ajuste puesto que ya la presupone, como por ejemplo: la emisión de una disculpa como “sí, lamento haberte pisado el pie” presupone que te he pisado el pie, por lo tanto el ajuste esta presupuesto y no necesita reafirmarse (Searle, 2006, p. 215). Lo que garantiza que el ajuste pueda hacerse es el “contenido representativo” ya que dentro de este contenido se encuentran explícitas las condiciones de satisfacción que deben ser cumplidas para satisfacer el deseo o la creencia. Para entender más claramente el modo en que Searle usa la expresión ‘representación’ dentro de su teoría es necesario entender y aceptar que todo EI con una dirección de ajuste equivale a una representación de las condiciones de satisfacción del EI. La expresión ‘representación’ dentro del trabajo de Searle en lo que refiere a intencionalidad no alude en forma alguna a un tipo de imagen mental, mucho menos debe ser entendida en términos filosóficos tradicionales, por el contrario, para Searle ‘representación’ refiere al conjunto de condiciones de satisfacción que proporcionan el contenido proposicional y el modo psicológico de los EI (Searle, 1992, p. 27). En tercer lugar, los EI que contienen una dirección de ajuste implícitamente abarcan unas condiciones de satisfacción, según Searle tanto los EI como los actos de habla tienen un modelo paralelo de satisfacción, “*el acto de habla se satisfará si y sólo si el estado psicológico expresado se satisface, y las condiciones del acto de habla y el estado psicológico expresado son idénticas*” (Searle, 1992, p. 26)⁵. Es decir, las condiciones de satisfacción son todos aquellos requisitos explícitos dentro del contenido proposicional que le permiten al agente establecer si su creencia es correcta o incorrecta. A partir de ello el hablante podrá modificar su creencia, en el caso de los deseos se dirá que estos se han cumplido o incumplido.

Las condiciones de satisfacción del EI son internas al mismo ya que son estas las que permiten que mi creencia sea la creencia que es. Todo EI es una representación de sus condiciones de satisfacción, por ello si tengo la creencia de que “el viernes 01 de mayo es festivo” mi creencia será verdadera en tanto que el viernes 01 de mayo sea un día festivo, es decir, mi creencia se corresponde fielmente con los hechos del mundo, en este caso que efectivamente el viernes 01 de mayo sea un día festivo (Searle, 1992, p. 25-26). Para Searle, los actos de habla, al igual que los EI, comparten un modelo paralelo en lo referente a las condiciones de satisfacción. Por ejemplo, si expreso mediante un acto ilocucionario que “prometo llevar a Violeta al veterinario” las condiciones de satisfacción del acto serán que yo tenga la intención de llevar a Violeta al veterinario y si la llevo al veterinario, podré calificar mi acto como satisfecho e insatisfecho si las condiciones no son satisfechas. En el caso de los actos de habla las condiciones de satisfacción están sujetas a las condiciones de sinceridad del acto ilocucionario. Para ambos casos, tanto para los EI como para los actos de habla las condiciones de satisfacción están explícitas en el contenido proposicional y su dirección de ajuste, ello quiere decir que las condiciones de satisfacción son internas a cada estado y cada acto de habla. Teniendo en cuenta lo anterior, Searle afirma que tanto los EI como los actos de habla representan los objetos, eventos y estados de cosas de la misma

⁵Cursivas del autor.

forma. Así, nuevamente, el concepto de representación debe ser entendido en términos de las condiciones de satisfacción explícitas en el EI, pues la representación es también representación de las condiciones de satisfacción y, en los actos de habla, de las condiciones de sinceridad. De forma conjunta a esta trama de condiciones de satisfacción opera dos capacidades no representacionales de la mente que le permiten al hablante realizar su acto de habla y satisfacer su EI. El primero de ellos es la Red, un conjunto de creencias y deseos que sirven como sustento de otros EI. Por ejemplo: María ‘cree’ que la ruta P21A del M.I.O la llevará a casa y ella desea llegar a casa. Tanto la creencia como el deseo de María reposan en un conjunto de otras creencias y otros deseos como la *creencia* de que esa ruta pasa por su casa, la *creencia* de que ese vehículo sirve para transportarse, el *deseo* de irse a casa, el *deseo* de subir al bus, el *deseo* de llegar para descansar, etc. Esta red integra múltiples EI con el fin de permitirle al hablante sustentar efectivamente su creencia o deseo ya que “los estados intencionales no funcionan autónomamente. Esto es, no determinan aisladamente sus condiciones de satisfacción” (Searle, 1992, p.34-36). Segundo, conjuntamente a dicha Red opera un grupo de las capacidades mentales, aptitudes y disposiciones no-representacionales del hablante frente a un evento cualquiera. Este último elemento es denominado por Searle como ‘Trasfondo. El Trasfondo le permite al hablante, según Searle, explicitar o llevar a cabo sus EI. Por ejemplo: poseer la capacidad de comunicarse le permite al agente expresar su deseo de comer, de beber, de leer, etc. Asimismo la capacidad de usar dinero para realizar intercambio le permite al agente creer que con un billete podrá realizar una transacción. La capacidad de usar el sistema de transporte le permite al hablante movilizarse del lugar A al lugar B, etc. Tanto la Red como el Trasfondo posibilitan al hablante para llevar a cabo sus diversos EI de forma satisfactoria.

Realmente estoy haciendo dos afirmaciones que necesitan ser distinguidas. (...) primero, que los estados intencionales son parte de una Red de estados intencionales y sólo tiene sus condiciones de satisfacción en relación con su posición en la Red.(...) pero también estoy haciendo una segunda afirmación mucho más controvertida: además de la Red de representaciones, hay también un Trasfondo de capacidades mentales no representacionales; y, en general, las representaciones solo funcionan, solo tiene las condiciones de satisfacción que tienen, respecto de este trasfondo no representacional (Searle, 1991, p. 35).

Tanto la Red como el Trasfondo son elementos implícitos en la teoría intencional de Searle, estos elementos determinan de forma conjunta las condiciones de satisfacción tanto de los EI como de los actos de habla. La Red establece parámetros para la creación de los EI, no obstante, el Trasfondo como una capacidad mental no representacional del hablante determina de forma directa las condiciones de satisfacción de los EI. Estos elementos de la teoría de Searle le permitirán en adelante reforzar su idea del holismo interno que definirá su estudio de la intencionalidad y de la constitución de los estados mentales, cuestión que será abordada en capítulos posteriores de la presente tesis con mayor detenimiento. Teniendo en cuenta estos elementos dentro de la teoría de Searle podríamos hablar de prerequisites tanto dentro de la teoría del lenguaje como en el análisis de la intencionalidad para el desarrollo y realización de los EI y actos de habla. Por ejemplo, en el caso de los actos de habla que

ambos interlocutores entiendan la lengua, que no presenten problemas auditivos o fonéticos que les permita interactuar (en una conversación estándar)⁶. O que dado el caso quien realice el acto de habla posea y a su vez cuente con el reconocimiento de sus interlocutores al momento de crear nuevos estados de cosas. Ahora en cuanto a los EI que el hablante cuente con las capacidades no representacionales antes descritas, la Red y el Trasfondo, para que logre agenciar sus EI y pueda comunicarlos.

Estos elementos junto a la estructura de los EI funcionan de forma tal que todos juegan un papel fundamental en la realización de los actos de habla y, por su puesto, en la satisfacción de los E.I. Sin embargo, existen algunos EI que son característicamente más complejos, esto se debe a que poseen algún elemento necesario/obligatorio para que se desarrollen. EI como las intenciones de, en sentido general, son otra forma de intencionalidad y no tienen una posición especial dentro de la teoría intencional de Searle. De igual forma las percepciones están ligadas en su mayoría a un objeto, hecho o evento del mundo. Cada uno de estos EI siempre son “de” o están dirigidos “hacia” algo. La percepción se incluye dentro de la teoría de la intencionalidad porque tener percepción implica ver (para el caso de la visión) un objeto X y este ver implica una experiencia visual de (experiencia dirigida hacia algo o de algo); el tener dicha experiencia visual determina unas condiciones de satisfacción específicas a dicha experiencia. El hecho de que la percepción se dirija o sea sobre algún objeto del mundo es la razón por la cual hace parte de la teoría de la intencionalidad, es decir, la percepción cuenta con condiciones de satisfacción en el mismo sentido que una creencia o que un deseo (Searle, 1992, p. 52-53).

La intencionalidad de la percepción en cualquiera de los casos (visión, olfato, tacto, oído y gusto) es originada en la mente y es completamente exclusiva de ella. En la mayoría de los casos de percepción siempre está direccionada a un objeto. Aunque, existen casos en los cuales no hay tal objeto, sin embargo, sí hay experiencias visuales. Un caso de este tipo son las alucinaciones, por ejemplo, yo puedo tener la experiencia visual de ‘ver a Violeta en la sala’ cuando en realidad ella se encuentra en el veterinario. En este caso no hay un objeto, una ‘Violeta’ que esté en la sala. Es decir, no hay nada percibido por la mente, solamente hay una mera experiencia visual. En estos casos el agente sabe lo que hace falta para que el EI de la percepción sea verídico, gracias a las condiciones de satisfacción. Sin embargo, existen algunos casos, casos clínicos, en los que el agente está imposibilitado para reconocer los detalles que ayudan a diferenciar una percepción visual de una experiencia de, en tales casos no hay una diferencia clara entre una y otra. Ahora el hecho de que la experiencia visual no se exprese mediante un correlato lingüístico, es decir, no se exprese verbalmente no implica que esta no se dé.

⁶Y en los casos en los que los hablantes pertenezca a la comunidad sordo muda pues que ambos hablante identifiquen y reconozca el conjunto de movimiento que les permita una comunicación satisfactoria.

Hay una diferencia crucial entre la percepción y la experiencia visual que radica en la noción de ‘éxito’: percibir implica que las condiciones de satisfacción que están incluidas en el contenido intencional han sido cumplidas y ello significa que el agente puede establecer conscientemente qué factores le permiten decir que ha tenido una experiencia visual exitosa. Por su parte, algunas experiencias visuales pueden darse de sin percepción, es decir, la experiencia puede carecer del objeto percibido. No obstante, las condiciones de satisfacción presentes en la experiencia visual determinan que elementos son necesarios para que la experiencia sea satisfactoria o para que ella se considere un error. De forma análoga a las creencias y los deseos, las percepciones cuentan con el trasfondo de capacidades y la red de estados intencionales que le permiten al agente determinar la satisfacción o no de sus percepciones. En otras palabras, “el agente posee una serie de destrezas culturales impregnadas lingüísticamente” (Cfr.: Searle, 1992: 67). Por su parte, si el agente enuncia que ha tenido una experiencia visual, lo que ha hecho es simplemente puntualizar el contenido intencional de dicha experiencia. Por ello, en el caso de las alucinaciones se puede afirmar firmemente que el agente ha tenido una experiencia visual como tal, el hecho de que no haya éxito en la experiencia visual no implica que ésta no se haya dado. Las percepciones tienen un modelo similar de satisfacción al de los EI tales como los deseos y creencias.

Los contenidos de las experiencias visuales, para casos paradigmáticos de la percepción, necesitan de la existencia de un estado de cosas que pueda ser expresado de forma verbal. El hecho de que el contenido pueda expresarse de forma verbal permite que se expliciten las condiciones de satisfacción de dicha experiencia ya sea visual o de otro tipo. Así, por ejemplo, si digo “vi a Violeta durmiendo en su cama” entonces el que yo pueda expresar verbalmente dicha experiencia visual significa que soy consciente de todo lo que es el caso para que mi percepción tenga éxito. La expresión verbal “vi a Violeta durmiendo en su cama” es el equivalente a una proposición completa de los EI del tipo de los deseos y las creencias. Al igual que los deseos y las creencias las percepciones tienen una dirección de ajuste; pero en este caso es doble o bidireccional. En un primer momento, cuando expresamos algún tipo de percepción lo hacemos en la dirección mente-mundo; ahora si mi percepción esta errada en el sentido de no corresponder fielmente a la realidad ello no significa (en todos los casos) que mi aparato perceptor sea defectuoso, simplemente ha fallado. En un segundo momento, la percepción tiene una dirección de ajuste de mundo-mente ya que es necesario que haya algo (objeto o estado de cosas) en el mundo que cause en mí determinada percepción, es decir, debe existir una relación ‘causal autorreferencial’ entre un objeto y una intención previa con la cual pueda sustentar mi experiencia visual perceptiva y mi acción. Así, por ejemplo, mi percepción de “Violeta durmiendo en su cama” es causada por el hecho de que “Violeta se encuentre durmiendo en su cama”.

Searle critica el hecho de equiparar una percepción o experiencia visual con el contenido de la misma. Al igual que los EI del tipo de las creencias y los deseos se afirma que las experiencias o percepciones no toman ni forma, ni color, ni textura ni ningún tipo de atributo que posea el objeto de la misma, esto sucede porque si la experiencia visual tomara estos atributos no podría ser diferenciada del objeto mismo y no tendría sentido hablar de una y

otra como cosas separadas. Sin embargo, resulta claro que los factores como el tiempo, espacio, luz y las capacidades que proveen el trasfondo y la red de creencias influyen en la forma en la que percibimos los objetos y estados de cosas. Es decir, si yo, Vanessa, tengo una experiencia visual de “la cama de Violeta” y de igual forma y bajo las mismas condiciones espacio-temporales mi prima lejana Carolina tiene la misma experiencia, seguramente ambas veremos aspectos radicalmente diferentes, lo que provoca que cada experiencia tenga condiciones de satisfacciones únicas e incomparables entre sí. Carolina pudo percibir el hecho de que hay arrumadas unas sábanas y una colcha en un rincón; mientras yo percibo en ese mismo rincón la cama de Violeta. El conocimiento previo proporcionado por el trasfondo y la red de creencias me permite ver la cama y no otra cosa (Searle, 1992, p. 63-64). En la teoría de la intencionalidad Searle, en lo referente a la experiencia sensorial, evita el uso del término ‘representación’, aunque este término lo ha empleado en otro momento de su teoría, al hacer referencia al conjunto de elementos que compone un EI (dirección de ajuste, condiciones de satisfacción, contenido intencional, objeto intencional, entre otros). Su omisión se debe a que las experiencias visuales no ‘representan’, de ninguna forma, los objetos o estados de cosas hacia los que se dirigen. Por el contrario, las experiencias sensoriales intencionales del tipo visual, táctil, gustativa, olfativa y auditiva “presentan”. La “presentación” que se realiza por medio de la percepción se debe a que ésta me proporciona un acceso directo e inmediato al objeto o estado de cosas de una forma consciente. Esta es la razón por la cual Searle opta por prescindir del término ‘representación’ para los casos de intencionalidad de la experiencia sensorial (Cf., Searle, 1992, p. 59-60).

Existen diversos modos por medio de los cuales podemos experimentar una experiencia sensorial del tipo visual, por ejemplo, y ello se debe a los múltiples tipos de conexiones que hay entre la experiencia visual, la red y el trasfondo. Al igual que en los casos de los deseos y de las creencias, las condiciones de satisfacción no se dan de forma aleatoria sino que, por el contrario, están interrelacionadas por la Red de creencias y por el Trasfondo de capacidades no representacionales del sujeto, siendo esto lo que determina el contenido de las creencias y los deseos. Con las percepciones sucede de forma similar, la red y el trasfondo determinan las condiciones de satisfacción. Un primer caso, la interacción entre los EI, la Red y el Trasfondo nos permitiría, por ejemplo, tener una experiencia visual de la fachada de mi casa y una experiencia visual de mi casa en este caso yo sé gracias a mi Red y a mis capacidades no representacionales (Trasfondo) lo que es necesario para diferenciar entre una y otra. En este caso la percepción, las creencias, la red y el trasfondo son inseparables.

En un segundo tipo de relación entre los EI, la Red y el Trasfondo puede suceder que un hablante tenga dos experiencias visuales idénticas con creencias diferentes al respecto. Por ejemplo: si durante el día percibo que los ojos de ‘Violeta son café claro’ y durante la noche percibo que ‘los ojos de Violeta parecen negros’ ello se debe a que mis creencias me permiten percibir ambas cosas y me permiten saber que los factores como la luz del día y la

noche me engañan para ver tales cosas. En este tipo de conexión las creencias toman un carácter holista en tanto son ellas las que determinan las condiciones de satisfacción. Y en un tercer tipo de relación, tenemos que puede darse el caso de que hayan dos experiencias visuales diferentes con condiciones de satisfacciones idénticas. Dos hablantes pueden, por ejemplo, percibir a Violeta y, aunque uno de ellos no haya interactuado anteriormente con ella, pueden tener el mismo EI ‘Violeta es un perro dócil’. En ambos casos las condiciones de satisfacción de los EI serán idénticas. Tanto para la persona que conoce a Violeta como para quien la ve por vez primera. En cada caso se dan idénticas creencias con idénticas experiencias visuales que convergen en idénticos contenidos de satisfacción. Todas estas formas en las que se relacionan los EI con el Trasfondo y la Red, le permite al agente experimentar diversas formas de experiencia visual. La inclusión de la percepción en la teoría de la intencionalidad está precedida por la tendencia de Searle a incluir aspectos del sentido común dentro de sus trabajos filosóficos.

Es indiscutible que al poseer estados tales como las creencias, los deseos y la percepción EI, los hablantes actúan y reaccionan de acuerdo con dichos EI. Esta es una razón por la cual es indispensable para un análisis integral de la intencionalidad: indagar, ¿cuál es el papel que juega la intencionalidad en las acciones dentro dicha estructura? Sin embargo, antes de iniciar se debe tener presente el sentido en el cual se ha empleado los términos ‘intencional’ e ‘intención’. Estos términos se refieren a la capacidad de la mente para representar determinados estados de cosas y no a la intención en sentido general, en el sentido de acciones intencionales. Si bien, cuando realizo un acto de habla esto implica, primero, que poseo un EI con determinadas condiciones de satisfacción y, segundo, que espero que mi creencia, deseo, o experiencia perceptual sean satisfechos. Por ello, la intencionalidad presente en la realización del acto de habla lleva implícita una intencionalidad en la acción.

Por ejemplo, si realizo el siguiente acto de habla “¡Violeta! si no dejas de revolcarte, ¡te voy a bañar!” la intención en mi acción va dirigida a que Violeta deje de revolcarse para no tener que bañarla, es decir, mi acción está dirigida a que se den determinados hechos como producto de realizar la acción solicitada. Así, mi intención en la acción se llevará a cabo y satisfará si y sólo si “Violeta deja de revolcarse”. Si lo anterior es cierto, entonces el contenido intencional de la intención presenta sus condiciones de satisfacción, y así, las acciones intencionadas son las condiciones de satisfacción de la intención (Cf. Searle, 1992, p. 92). Sin embargo, debemos tener en cuenta que dentro de la realización de las intenciones generalmente encontramos que se llevan a cabo cierto tipo de acciones que desembocan finalmente en satisfacción de mi intención. Así, por ejemplo, si tengo la intención de llevar a Violeta al veterinario, debo realizar ciertas acciones como ponerle el collar, caminar hacia el veterinario, etc. Esta correlación entre acciones e intenciones lleva a Searle a plantear que “no hay acciones sin intenciones” (Searle, 1992, p. 94). Esto, sin embargo, obviamente admite excepciones. Una primera sería la de aquellas acciones provocadas por movimientos involuntarios del cuerpo que son causados por una enfermedad. Segundo, pueden darse casos en los cuales exista un efecto adverso (no deseado) a nuestras acciones. Puedo estar bailando, por ejemplo, de forma desenfrenada y, dado el movimiento de mi cuerpo, golpear

un recipiente que contiene un líquido viscoso que al golpe cae y hace caer a las demás personas. En casos como estos, aunque la acción de bailar desenfrenadamente fue enteramente intencionada, los efectos de la misma no. No obstante, un agente puede tener una intención y dicha intención puede cumplirse por medio de acciones que él realice y, sin embargo, su intención no estará satisfecha ya que las acciones no cumplieron las condiciones de satisfacción de su intención. Si tengo la intención de “llevar a Violeta al veterinario” pero cuando me dispongo a hacerlo un vehículo nos arrastra hasta la puerta del veterinario. Podría decirse que aunque mi intención era ir al veterinario y de hecho llegamos al veterinario las condiciones de satisfacción de mi intención no se dieron, por tanto, mi intención no está satisfecha y mis acciones no fueron intencionales.

Cuando hablamos de ‘intenciones’ debemos distinguir entre intenciones previas (formadas con anterioridad a la acción), las cuales suponen una cadena intencional de acciones que le permitan al agente llevar a cabo su intención original y, aquellas intenciones en las acciones, es decir, existen acciones que son enteramente intencionadas pero que no necesitaron de un plan o intención previa para su realización. Estas últimas son todas aquellas que se forman de manera simultánea a la acción (y pueden no ser conscientes, en todos los casos), Searle dice:

[...] supongamos que estoy sentado en una silla reflexionando sobre un problema filosófico, y de repente me levanto y comienzo a pasearme con aspecto preocupado por la habitación. Mi levantarme y pasear con aspecto preocupado son claramente acciones intencionales. Pero para hacerlas no necesito formar una intención para hacerlas antes de hacerlas. (Searle, 1992, p. 96)

En casos donde hay intención en las acciones el contenido intencional de la acción es la misma intención en la acción. Ello quiere decir que “todas las acciones intencionales tienen intención en la acción, pero no todas las intenciones en la acción poseen intenciones previas” (Searle, 1992, p. 97). En ambos casos encontramos que las intenciones comparten algunos rasgos estructurales con las percepciones. Las intenciones también tienen rasgos autorreferenciales y esto se debe a que la intención debe ser causa de la acción que satisfará la intención. Las intenciones poseen dos elementos que influyen en la realización de los actos y la satisfacción de la intención, el primero es la ‘experiencia de actuar’ y el segundo ‘el movimiento de mi cuerpo’. Las experiencias de actuar pueden equipararse a un ‘intentar’, sostiene Searle, cuando un agente tiene experiencias de actuar, esto significa que sabe qué es lo que intenta hacer. Y poseer este conocimiento quiere decir que dichas experiencias son las que establecen las condiciones de satisfacción para la intención.

En estos casos la dirección de causación es mundo-mente, porque la experiencia es causa de los movimientos y estos son parte de las condiciones de satisfacción. Para Searle estos rasgos característicos de las experiencias perceptivas y las acciones demuestran que dichos estados y eventos intencionales son ‘transacciones causales’ entre el mundo y el agente (Cf., Searle, 1992, p. 100). Esta afirmación es una respuesta preliminar a la pregunta cómo interactuamos intencionalmente con el mundo. La relación entre las intenciones y las acciones mismas se dan de la siguiente manera. Primero, el contenido intencional de la

intención en la acción y la experiencia de actuar son semejantes. Si tengo la intención de moverme, por ejemplo, del lugar A al lugar B, entonces mi *experiencia de actuar* es que yo me moviera del lugar A al lugar B. Y esto se lo debemos a que la experiencia de actuar es una experiencia consciente con contenido intencional y la intención en la acción es el contenido intencional (Searle, 1992, p.103). Puede darse el caso de que haya una acción intencionada sin una experiencia consciente, en estos casos la intención existe sin experiencia alguna. Segundo, la intención previa envuelve todas las acciones en bloque y, en este caso, las acciones son el objeto intencional, razón por la cual se dice que sus condiciones de satisfacción representan la acción misma. Pero, por su parte, en las acciones intencionales se debe distinguir entre la experiencia de actuar y la intención en la acción y ello significa que el contenido intencional de la acción presenta el movimiento realizado y dicho movimiento es el objeto intencional. A pesar de todo, el componente autorreferencial de ambos tipos de intenciones es el que enlaza las intenciones con las acciones. La intención previa es causa de la intención en la acción y el movimiento, por lo tanto, la intención previa causa la acción.

Hay intenciones que poseen un carácter más complejo dado que no sólo requiere el movimiento corporal sino que requiere la coexistencia de otros factores. Es decir, dentro de las intenciones complejas encontramos que hay dentro de las acciones intencionadas otras acciones adicionales que intentamos llevar a cabo y este par de intenciones están incluidas dentro de la intención compleja. Así por ejemplo, si tengo la intención de mirar a Violeta. Dentro de esta intención previa encontramos que, como condición de satisfacción, se debe dar el hecho de que lleve a cabo el movimiento de mis ojos. Sin embargo, la intencionalidad puesta en tal hecho es que Violeta salga corriendo. Las intenciones complejas admiten otro juego de condiciones de satisfacción que están más lejos de la acción corporal (Cf., Searle, 1992, p.111) y esta capacidad de las intenciones nos permite abarcar y afectar un mayor número de eventos, estados de cosas y objetos en el mundo.

En conclusión, tenemos que al adoptar la postura biologicista de Searle eliminamos cualquier tipo de problema místico entre la mente y el cuerpo. Si la intencionalidad es producto de la evolución de la mente, entonces, tenemos que la intencionalidad es el puente que nos proporciona una relación directa con el mundo. Estas relaciones se dan por medio de transacciones causales experimentables en los diversos actos de habla que realizamos constantemente. La realización de algunos actos de habla está marcada por una doble dirección de ajuste debido a que ellos poseen un componente autorreferencial. Sin embargo, es necesario tener claro porque no todos los EI son intencionales con 'c' sino que por el contrario son intensionales con 's' y esto se debe a que los EI con 'c', por su naturaleza, pueden ser sometidos a test de extensionalidad sin que estos pierdan su valor de verdad y de forma contraria los EI con 's' aparecen con representaciones de las representaciones de un hablante y, por lo tanto, no pueden ser modificados sin que su carácter de verdad se pierda. Todos estos elementos que acompañan el fenómeno intencional analizado por Searle nos

van conduciendo a una de las grandes conclusiones de la presente monografía y es que, la intencionalidad presupone la capacidad referencial en el hablante.

SEGUNDO CAPÍTULO

La causación, el significado, la constitución de los estados mentales en Searle y la propuesta externista de Putnam

En el capítulo anterior se sostuvo que cuando poseemos, por un lado, intenciones de (intenciones que direccionan las acciones) y, por otro lado, realizamos un acto de habla como ‘¡quiero comer!’ o ‘¡sal de aquí!’, estos fenómenos están determinados por la capacidad intencional de la mente del hablante. Dicha intencionalidad es producto de la evolución biológica del cerebro del hombre. También señalamos que la función principal de la intencionalidad de la mente es la de conectarnos con el mundo y permitirnos intervenir en él. Si estos fenómenos intencionales poseen dicha capacidad, entonces, es cierto que debe coexistir junto a ellos el fenómeno de la causación mental.

En el presente capítulo se analizará, en primer lugar, el fenómeno de causación tanto desde la perspectiva tradicional como desde lo que Searle entiende por causalidad mental en relación con la estructura de la percepción expuesta en el capítulo anterior. Este análisis tendrá como propósito principal clarificar y servir de punto de apoyo para explicar, de forma más detallada, la interacción entre los estados mentales del hablante y el mundo. Para Searle, las múltiples transacciones causales que experimentamos permitirían establecer que, contrario a lo que la tradición mantuvo, el concepto de causación no está estrictamente sujeto a regularidades ni leyes generales que expliquen su existencia. La causación es un fenómeno que se experimenta en la cotidianidad de forma regular y que no es forzado por los hablantes. Es decir, el fenómeno de la causación es un evento natural, presente y experimentable por cada hablante mediante el cual podemos intervenir en el mundo. La causalidad hace parte del contenido de satisfacción de los EI, razón por la cual, Searle, lo acoge dentro de su teoría.

En segundo lugar, veremos la noción de significado que plantea Searle y cómo esta se acopla al andamiaje teórico de la intencionalidad planteado hasta ahora. Y, en tercer lugar, siguiendo los argumentos externista sobre la conformación de los EI, examinaremos la postura de Putnam respecto al tema. En Putnam encontraremos argumentos fuertes para sostener que el significado es una construcción colectiva entre la comunidad (mundo) y el hablante, postura contraria al planteamiento holístico de Searle. Estos elementos permitirán explicar, según Putnam, la intencionalidad propia de las expresiones lingüísticas significativas y lo equivocado de la posición de Searle.

2.1. Causalidad

Es importante comenzar nuestro análisis resaltando la importancia que tiene el fenómeno de la causalidad dentro de las relaciones intencionales. Por ello es indispensable, primero,

iniciar este apartado recalcando lo que se ha entendido por causalidad desde la tradición para, segundo, mostrar cómo se entiende el fenómeno causal desde la teoría searleana y sus consecuencias para la intencionalidad.

Con el concepto usual de “causalidad” nos referimos, por un lado, a las relaciones que existen entre eventos del mundo físico. Decimos que hay un efecto causal cuando un objeto “B” es influenciado (movido, generado, direccionado, etc.) por un objeto “A”, por lo general mediante relaciones físicas medibles y comprobables. Se habla de causalidad cuando se ha observado una regularidad constante entre eventos del mismo tipo con efectos del mismo tipo. Por ejemplo, podríamos afirmar que mediante la observación coincidimos en que si ruedo mi lápiz sobre la superficie de una mesa plana y libre de otros objetos (evento A) éste caerá al llegar al borde de la mesa (evento B). Tras observar dicho fenómeno de forma constante podemos afirmar e incluso establecer una generalización del fenómeno. La causalidad en este sentido es cuantificable y predecible, con base en ella se puede prever infinidad de movimientos, comportamiento y eventos naturales. Este sentido tradicional de la causalidad está enteramente ligado a una concepción científica.

Hume realiza una crítica al concepto de causalidad que afecta tanto su uso histórico como su cognoscibilidad. Esta crítica afecta aun hoy a cualquier propuesta de definición del concepto de causalidad. La propuesta de Hume muestra que no podemos establecer ni por los sentidos –experiencia- ni por la razón la presencia de una conexión necesaria entre un evento A y uno B y que la propensión de la mente por realizar una inferencia causal en estos casos y dadas ciertas condiciones –conjunción contante, prioridad temporal- no es más que un efecto de la imaginación que, tras el hábito de hallar el evento A precediendo al evento B y, ocurriendo el evento “A” *siempre* o la mayoría de las veces, ocurriendo en evento “B”, establece una *conexión necesaria* entre ambos eventos. Según Hume la relación de conexión necesaria entre ambos efectos, fundamento de la relación causa, es una pasión, un sentimiento, más que una impresión o un argumento. Así, para Hume no es cierto que las causas sean necesarias para que se den los efectos. Dentro de esta forma de entender la causación no es posible experimentar u observar de forma directa las relaciones causales. Lo que se tienen son meras impresiones de una sucesión de eventos. No se contempla la diferencia entre el causar de los agentes en el mundo y el causar de los fenómenos.

El fenómeno causal representa una parte fundamental dentro de la teoría de Searle. Allí, la causalidad no es entendida en términos tradicionales (leyes y regularidades) sino como algo natural y experimentable, como lo veremos a continuación. Esto le permite a Searle mantener su idea de la intencionalidad como una propiedad intrínseca de la mente que impacta sobre el mundo de manera efectiva, hay por lo tanto cierta proximidad entre la posición de Hume y de Searle, sin embargo, este tema no será abordado en este trabajo. Con todo, las interpretaciones tradicionales de la causalidad mantiene vivo el problema mente-mundo y no nos permite ver su carácter natural.

2.1.2 Causación intencional de Searle

El papel de la causación dentro de la teoría de la intencionalidad de Searle es el de conectar los estados intencionales del hablante con el objeto mismo de los estados, en los casos de las percepciones y de las acciones. Mostrar la conexión entre la causalidad y la intencionalidad le permitirá a Searle demostrar que la causalidad es, en efecto, experimentable por el hablante toda vez que el hablante posee una percepción o incluso cuando éste posee una intención en la acción. Recordemos que para Searle, los EI son producto de una actividad cerebral superior, por lo tanto, cada vez que un hablante experimenta un EI causa un efecto ya sea sobre él mismo o sobre el mundo. La omisión de los efectos causales de los agentes en la teoría tradicional de la causación va en sentido contrario a la visión searleana puesto que, de acuerdo a la estructura de la intencionalidad, los agentes, primero, están en la capacidad de experimentar la causalidad y segundo, mediante acciones intencionadas, pueden intervenir causalmente en el mundo. Las intenciones, en la acción de un hablante, pueden ser la causa de determinados efectos sobre el mundo. Por ello, Searle toma como punto de partida, por un lado, algunos EI pertenecientes a las percepciones para mostrar cómo se experimenta efectivamente la relación causal. Supóngase, por ejemplo, que tengo el EI perceptual de Violeta sobre la cama. Parte del contenido de satisfacción de mi EI es el hecho de haber observado a Violeta sobre la cama. El contenido autorreferencial de este tipo de EI (vistos en el primer capítulo) permite establecer, según Searle, que el efecto causal es completamente experimentable por el hablante de forma individual. La conexión no es algo que sea tangible u observable por todos, aunque es algo que el hablante experimenta y percibe de forma particular.

Por otro lado, Searle encuentra que la relación causal también es completamente experimentable cuando hablamos de ‘intenciones de’. Por ejemplo, supóngase que me encuentro en medio de Everest en una zona propensa a los derrumbes con algunos amigos y tengo la intención de gritar ‘¡lo logré!’ con el fin de que a su vez mi grito provoque una avalancha. Supóngase que se suceden ambas cosas. En este caso mi EI fue la causa que produjo el grito y a su vez la avalancha sobre la montaña. Para casos como éste podríamos afirmar que en efecto mi EI causó un cambio en el mundo, en este caso un cambio físico sobre la montaña. Si adaptamos la visión aristotélica de las cuatro causas al ejemplo anterior, podemos ver cómo, efectivamente, la intención de un agente puede causar efectos sobre el mundo. Mi EI es causa eficiente, dado que es el que traza objetivo final. La causa material de mi EI será mi voz, la causa formal estará dada bajo el grito ‘¡lo logré!’ y la causa final o la satisfacción de mi EI se dará siempre que haya un derrumbe en la montaña. Contrario a la postura tradicionalista, la causalidad, la causalidad es completamente experimentable por mí y no simplemente como una mera sucesión de regularidades. Este punto ha causado gran escozor entre los estudios, porque es difícil explicar cómo algo que no es físico puede causar efectos sobre algo que es físico. Es cierto que mis EI influyen decididamente sobre el mundo, sobre la forma de percibir los objetos de otras personas y sobre la naturaleza del

mundo en sí, pero son sin duda *algo* no físico. ¿En qué sentido los EI causa algo en el mundo? Según Searle, en la teoría tradicional existe una falta de claridad en los conceptos de ‘causar’ y ‘relaciones causales’. El punto de Searle, y una cuestión que resulta fundamental, es que existen relaciones causales presente en cosas que no son acontecimientos. Dentro de nuestro entorno podemos identificar enunciados del tipo, el que Samuel empuje a Violeta, causa que Violeta se caiga. Esta forma de enunciar es enteramente explicativa y evidencia la relación causal entre un evento (que Samuel empuje a Violeta) y otro evento (que Violeta se caiga). Por su parte, el hecho de que haya un vaso sobre la mesa y que yo enuncie, “hay un vaso sobre la mesa”, implica la descripción de una relación causal entre la gravedad, la fuerza de fricción, etc. y el vaso en la mesa. En este tipo de enunciados, a diferencia del primero, se establece una relación causal que entre los objetos, pero no la relación que causó que ambos objetos estén en tal situación. Por consiguiente, el enunciado no describe un causar sino una relación causal. “Todos los enunciados que tratan de causar son enunciados de relaciones causales, pero no todos los enunciados de relaciones causales son enunciados que tratan del causar” (Searle, 1992, p. 127). Sin duda alguna este tipo de enunciados son frecuentes y negar su existencia sería negar la naturalidad del lenguaje común. Adoptar como cierta la idea de que existen diversas explicaciones causales implícitamente que hay explicaciones causales que involucran estados mentales, acciones y experiencias. Es decir, no toda ocurrencia causal implica siempre que me comprometa a explicar mi comportamiento o mis acciones bajo una ley universal, aunque fuese el caso de que existiese.

Cuando hablamos de enunciados que tienen que ver con EI, como las percepciones y las acciones, pareciese que el funcionamiento de estos tampoco se compromete con la existencia de leyes universales que regulen los eventos en cada caso. Tanto los enunciados de los tipos “Violeta está sobre la cama” como “deseo tomar malteada y tomé malteada” poseen intencionalidad en diversas formas. En el primer caso, tenemos un EI sobre una percepción. En el segundo, un deseo. Y el hecho de que encontremos rasgos intencionales en enunciados que poseen un tipo de causación implica que la causación tiene un carácter intencional y que dista mucho de la idea de causación de la tradición. La gran diferencia entre la causación intencional y la idea de causación tradicional se basa en que esta última depende de las observaciones de las regularidades para responder al cómo y por qué de las relaciones causales y niega toda posibilidad de experimentar la causalidad. Por su parte, para Searle, los enunciados que poseen características intencionales no dependen de ningún tipo de ley causal universal que los regule. Si bien los eventos del tipo causa-efecto no pueden estar relacionados lógicamente, cuando hablamos de enunciados causalmente intencionales podemos observar que hay una relación interna entre causa y efecto. La relación interna entre las causas y los efectos de los EI están ligados mediante sus condiciones de satisfacción. El deseo de beber algo, por ejemplo, tiene como condiciones de satisfacción el beber algo. En el caso de las percepciones, el percibir unobjeto ‘x’ sobre la mesa causa en mí un EI que representa ese estado de cosas. Y ese estado de cosas es causa de mi EI y, a su vez,

determina las condiciones de satisfacción de mi EI. Así, la relación interna o lógica entre causa y efecto se da en virtud de las condiciones de satisfacción del EI.

La estructura de la causación intencional para casos en los que hay una acción intencionada, una percepción y un recuerdo se da de la siguiente forma. Primero, debe existir un EI o evento que cause el EI y, a su vez, forme parte de las condiciones de satisfacción, por lo tanto, un EI que sea autorreferencial. Dicha autorreferencia debe darse de la siguiente manera. Si veo un vaso sobre la mesa -en el caso de las percepciones-, por ejemplo, el hecho de que haya un vaso ahí en la mesa causa que yo tenga tal experiencia intencional y las condiciones de satisfacción de dicha experiencia será que el vaso esté sobre la mesa. Nuevamente, ambos eventos están relacionados por las condiciones de satisfacción en cuanto uno es representación y la otra presentación del estado de cosas. La dirección de causación se da en la dirección mundo-mente y la dirección de ajuste de mente-mundo en casos de causación y percepción. Para los casos de acciones intencionadas la dirección de causación se da en forma mente-mundo y la dirección de ajuste es de mundo-mente. Teniendo en cuenta esta nueva forma de entender la causación como parte del fenómeno de la intencionalidad podemos afirmar, contrario a lo expuesto por la tradición, que en efecto experimentamos las relaciones causales, ya sea porque causamos efectos en el mundo o porque los objetos, estados de cosas y eventos nos causan algún efecto. Así, por ejemplo: cuando “veo un vaso sobre la mesa” dicho objeto causa en mí una experiencia perceptiva al causar la experiencia perceptiva estoy experimentando la causación. “La causación es una relación real en el mundo real” (Searle, 1992, p. 130-134). Ahora es fundamental tener presente que la causación es el objeto de la intencionalidad; al igual que en los casos de las creencias o los deseos el objeto intencional de las mismas no son los estados de cosas o eventos. Por el contrario, la relación de causación es parte del contenido de satisfacción de los estados o eventos intencionales.

Aunque difieran, las ideas de causación tradicional y la de causación intencional convergen en un aspecto. Cuando un agente, por medio del ensayo y error, es decir, observando regularidades, comprende que realizando cierto tipo de acciones obtiene ciertos resultados, el agente adquiere la capacidad de manipular la cadena de acciones. Con la manipulación de los resultados, descubre que determinados actos son posibles causas de determinados efectos y aquí es donde se une a la regularidad la intencionalidad. Aunque, la intencionalidad y la idea tradicional de causación se acoplen en ciertos casos, de ello no se sigue, que deba aceptar una ley general que apoye la existencia de regularidades causales. Estas afirmaciones siguen la línea realista y de sentido común que hasta este momento Searle ha sostenido.

2.2 El significado en la teoría intencional de Searle

Si bien hemos insistido a lo largo del presente trabajo en que la intencionalidad es una propiedad intrínseca de la mente que nos permite establecer una relación o puente con el mundo exterior, es cierto también que, a primera vista, dicha relación no implica necesariamente un lazo causal entre una y otra. No obstante, intentaré mostrar, de la mano de Searle, que tal relación es, en efecto, causal. La intencionalidad está reflejada a través de actos de habla y, por lo tanto, su estructura y la forma en la que se realizan son similares, esto es, comparte un modelo paralelo de satisfacción. No obstante, la intencionalidad se ve impresa también en determinados movimientos o señas realizados por los hablantes. En el lenguaje de señas, por ejemplo, la intencionalidad se presente en el movimiento de las manos pues, a través de este lenguaje los interlocutores comunican sus EI. Por ello es necesario que tanto para la intencionalidad como para los actos de habla se cumplan de forma análoga las condiciones de satisfacción específicas de cada uno para que la intencionalidad impresa en el acto logre referenciar de forma satisfactoria, estas son estructuras complementarias entre sí.

La relación entre ambas estructura se da de forma tan estrecha que la realización de los actos de habla es derivada de los EI, aunque en muchos casos, la realización explícita del EI se dé en medio de la emisión del acto de habla. Sin embargo, a pesar de la similitud entre ambas estructuras, queda una duda. ¿Qué hay en las intenciones del hablante que cuando emite actos de habla hace que él quiera decir algo significativo mediante dicho acto? La correlación entre estas dos estructuras se debe a que la realización de los actos intencionales lingüísticos en su mayoría no se puede dar sin la emisión de actos de habla (exceptuando los casos en los que el emisor sufre de algún tipo de discapacidad auditiva o fonética). Para Searle, el lenguaje es el medio mediante el cual se desarrolla de forma amplia la intencionalidad y lo entiende como un proceso natural (Cf., Searle, 1992, p. 168). Así, el significado aparece en la teoría searleana como una forma primitiva de la intencionalidad que constituye una parte especial de desarrollo de la misma. Aceptar estas afirmaciones nos lleva a admitir dos cuestiones: (i) que el significado puede ser analizado en términos de conceptos mentales o psicológicos, aunque, como ya lo señalamos, las diversas formas de intencionalidad se realizan en múltiples formas lingüísticas y (ii) la filosofía del lenguaje será una rama de la filosofía de la mente, es uno de los esfuerzos teóricos más representativos de este ámbito. Para Searle, el tema del significado debe abordarse desde la perspectiva de las intenciones del hablante y no desde los efectos que estas puedan causar sobre los agentes. Examinando el significado desde este punto de vista, entonces, el significado se entenderá como una variedad particular de la intencionalidad y deberá examinarse detenidamente para entender su afectación en la teoría general de la intencionalidad y en el mundo.

El problema del significado dentro de la teoría de la intencionalidad de Searle guarda una estrecha relación con el carácter intencional del agente y sus acciones. Este carácter intencional del significado nos exige retomar, *grosso modo*, la estructura de la intención en

la acción. Dado además que los EI se realizan en las diversas formas lingüísticas, debemos recordar los diferentes tipos de actos de habla que hay para ver cómo funcionan junto a la intención de significar. Esta exigencia pretende ligar tanto el funcionamiento de las intenciones previas y las intenciones en las acciones con la intención de imponer un significado a los objetos intrínsecamente no intencionales. Recordemos que las acciones se dividen en dos grupos. En el primero, están las acciones con intenciones previas; las intenciones en las acciones, en el segundo. Para ilustrar casos del primer grupo, supóngase que tengo la intención previa de correr, y esta intención *causa* en mí una intención en la acción, dicha intención en la acción *causará* que mi cuerpo se mueva y, por lo tanto, el que yo pueda correr y que mi intención se satisfaga.

En otras palabras, la intención previa representa todas las condiciones de satisfacción y causa todas las acciones corporales que culminan con el éxito de la acción. Por su parte, las intenciones en las acciones poseen un mayor grado de complejidad. Considérese, por ejemplo, la siguiente situación: Yo podría tener ‘la intención de pasar rápidamente por el lado de Samuel para tumbarle el helado y que él no lo pueda comer’. En este caso, caminar rápido moviendo los brazos bruscamente, pasar por el lado de Samuel y finalmente tumbarle el helado, son partes de una secuencia causal y la intención en mi acción abarca cada uno de los eventos. Caminar rápido tiene una relación causal del tipo *por-medio-de* al igual que los otros eventos. No obstante, hay intenciones en las acciones que no contienen un efecto causal del modo *por-medio-de*. Cuando, por ejemplo, acatamos una orden, tal como: ‘¡Sal de aquí!’, nuestras intenciones son las de obedecer la orden o desacatarla. En estos casos, cumplir o no la orden me supone a mí, y a Ud., un EI, a saber, el deseo de cumplir o no cumplir la orden. Como ya vimos los EI tales como los deseos poseen unas condiciones de satisfacción (distintas a las causales *por-medio-de*). Sin embargo, estas no tienen la intención de causar algún otro fenómeno diferente al de cumplir con la orden. Ambos tipos de acciones intencionadas tienen un carácter autorreferencial pues la experiencia de actuar permite la ejecución de las acciones en el sentido mundo-mente y la dirección de ajuste se da de forma mente-mundo.

Ahora bien, si concedemos nuevamente que el significado es derivado de la intencionalidad de la mente del hablante, tendremos que advertir cuáles son las particularidades de este tipo de intención y las condiciones de satisfacción de la intención que me permiten significar. Cuando profiero el acto de habla ‘¡Es de noche!’, podemos encontrar que en dicha emisión hay presentes dos niveles de intencionalidad. En el primer nivel, la intención de mi estado mental o psicológico, la intención de representar, al proferir públicamente mi EI. En el segundo, al emitir públicamente mi EI realizo además un acto de habla con la intención de comunicar, en este caso podría ser, ordenar que todos se vayan porque es de noche. Al igual que los EI, los actos de hablar también poseen su propio nivel intencional. Este nivel refiere a la intención o propósito con la que se realizó el acto. En efecto, para que un acto de habla cuente o sea afortunado tanto sus condiciones de satisfacción como sus condiciones de

sinceridad deben ser simétricas. Es decir, todas las condiciones establecidas para el acto (ser público, ser posible, etc.) deberán ser cumplidas por el agente emisor. Además, las condiciones del EI (querer hacerlo, lograr una buena referencia, etc.) debe darse para que el acto sea exitoso. No obstante, aunque en muchos casos existe una simetría entre las condiciones de satisfacción de la intención de significar y el acto de habla (o movimiento físico), puede darse el caso en el que se profiera una emisión *sin* tener la intención de producir efecto alguno sobre el oyente o producir una emisión sin la intención de comunicar. Esto es posible porque la intención de representar es previa y establece las condiciones de satisfacción de la intención de comunicar. Searle, sostiene que las intenciones de significar son las que proporcionan y explican cómo, dándose tal asimetría entre condiciones de satisfacción, sea la intención de significar la que determina las condiciones de satisfacción y sinceridad del acto de habla.

Puedo, por ejemplo, enunciar vivazmente ‘la tarde está gris’, aun cuando creaque no es el caso. Este enunciado lo puedo realizar sin tener la intención de que mi emisión sea reconocida o aceptada o sin tener la intención de que produzca algún efecto en el otro. En este caso, aunque mi representación intencional tiene como condición de satisfacción que las condiciones de satisfacción del acto de habla se cumplan, las condiciones de mi estado psicológico no son simétricas a las de mi intención de significar. Es decir, no espero que mi enunciado cause algún efecto sobre los oyentes (reconocerlo, persuadirlos, etc.) Entonces, parece claro que la intención de significar posee dos rasgos distintivos el de representar y el de comunicar.⁷ Dado que puedo enunciar algo, sin tener la intención de comunicar, podríamos aseverar que el aspecto ‘representativo’ es independiente y anterior al comunicativo.

Es por esta razón que es menester resaltar la forma en la que son simétricas las condiciones de satisfacción en los actos intencionales. Para Searle “el acto de habla se satisfará si y sólo si el estado psicológico expresado se satisface” (Searle, 1992, p.25-26). Esta aseveración le permiten establecer, en primer lugar, la dependencia del acto de habla frente al EI (psicológico, sinceridad) y deja ver, además, que el problema del significado radica en aceptar que la intencionalidad de la mente se impone a los eventos físicos (hablar, escribir, etc.), la misma intencionalidad que poseen las intenciones de representar. Esto es, “La mente impone la intencionalidad sobre la producción de los sonidos, marcas, etc., al imponer las condiciones de satisfacción de los estados mentales sobre la producción de los fenómenos físicos” (Searle, 1992, p. 172). Esta afirmación es el sustento de la teoría del significado de Searle. Pero ¿cómo se da esto?

⁷Esta afirmación sostenida por Searle contradice sus propios trabajos anteriores y a la tradición en los que se sostiene que el significado es enteramente de carácter comunicativo (Searle, 1992, p.173-174).

Antes de responder a esta cuestión es fundamental rescatar y ahondar en algunos rasgos importantes expuestos con anterioridad y aclarar ciertas cuestiones. Se debe tener presente el carácter representacional de la noción de ‘enunciar’. Enunciar, a lo largo de este contexto, se ha entendido como, y deberá seguirse entendiendo así, un modo de ‘representación’ de que tal y tal cosa es el caso (Cf., Searle, 1992, p.176). Es necesario aceptar que podemos realizar actos de habla de tipo representacional y actos de habla que meramente buscan decir verdad.

Si aceptamos esto, entonces podemos realizar una nueva distinción entre ‘representar’ y ‘comunicar’. Cuando emitimos ‘¡es de noche!’ estamos, por un lado, representando un estado de cosas y, por otro, comunicando dicha representación o EI. Cuando logramos comunicar un estado de cosas a otros agentes en determinadas situaciones producimos efectos sobre los otros. Por ejemplo, al comunicar ‘¡Es de noche!’ produzco el efecto de que todos se marchen de mí casa y este sería el carácter perlocucionario de los actos de habla. Empero, podemos enunciar algo, sin tener la intención de producir efectos sobre otros. Si tengo una discusión conmigo misma y, de repente, profiero ‘¡Está soleado!’ tal emisión no tiene intención de comunicar tal estado de cosas, ni siquiera pretendo que los oyentes presentes me entiendan. Si bien mediante los actos de habla podemos crear, ordenar, pedir perdón, expresar emociones y comunicar verdades y falsedades, hay ciertas cosas que no podemos hacer con ellas. Por ejemplo, crear un estado de cosas físicas como el ‘agua’ mediante la emisión de ‘Estoy haciendo agua’.

Teniendo en cuenta todas estas características de las intenciones de significar analizaremos cómo la intencionalidad de significar se acopla formalmente al acto de habla aseverativo y cómo impone su intencionalidad. Supongamos que hago parte de una presentación de baile, razón por la cual tengo el conocimiento de que hay ciertos códigos que se realiza con el fin de instruir u ordenar a los demás para que comiencen o paren de bailar. Ahora, pensemos que el movimiento de los hombros es la señal de ingreso para los demás bailarines. Supóngase ahora que, en medio de la presentación, el bailarín principal mueve los hombros con la intención de indicarles a los demás su entrada. Este ejemplo nos permitirá responder a la primera cuestión planteada al inicio del apartado, a saber, ¿cómo impone la mente intencionalidad sobre entidades que *no* son intrínsecamente intencionales, sobre entidades tales como los sonidos, marcas, movimientos, etc. Formalicemos el contenido intencional del significado en esta acción: a) los hombros del bailarín se mueven como efecto de la intención en la acción (relación causal), b) que los hombros de bailarín se muevan tiene como condiciones de satisfacción (no es causalmente relacionables con las primeras) que los demás bailarines aparezcan en escena (condición de verdad) y c) la dirección de ajuste en este caso es de mente-mundo.

Las condiciones de satisfacción, en casos como este, se relacionan de la siguiente forma. a) El acto de mover los hombros se efectúa con la intención de que la emisión por sí sola contenga determinadas condiciones de satisfacción. b) Dichas condiciones de satisfacción devienen de una creencia (en este caso de que es el momento indicado para que los

bailarines entren) y c) las condiciones de satisfacción de la creencia son automáticamente transferidas a la emisión o movimiento mediante un acto intencional como puede ser el hablar, el escribir, el moverse, etc. Como lo señalamos con anterioridad, las intenciones de significar tiene dos componente el ‘representativo’ y el comunicativo’. Tenemos ya la estructura formal del contenido representativo de la intención de significar. Ahora el aspecto comunicativo de esta emisión radica en el intentar que el otro (los demás bailarines) reconozcan que se está representando un estado de cosas (Cf., Searle, 1992, p. 175-176).

De hecho lo que la hace una acción significativa en el sentido lingüístico de una acción significativa es que tiene esas condiciones de satisfacción impuestas intencionalmente sobre ella. El elemento clave en el análisis de las intenciones de significar es simplemente éste: para la mayoría de los tipos de actos de habla, las intenciones de significar son al menos en parte intenciones de representar, y una intención de representar es una intención de que *los eventos físicos que constituyen una parte de las condiciones de satisfacción (en el sentido de cosas requeridas)* (Searle, 1992, p. 175)⁸.

Partiendo de este ejemplo, en el que se da la intención en la acción con intención de significar, podemos apreciar la diferencia entre la intención de enunciar -enunciar con la intención de hacerlo de forma verdadera- y enunciar con la intención de producir efectos. La diferencia fundamental entre el primer tipo de casos y el segundo radica en que la intención de enunciar no busca, ni intenta ni pretende comprometerse con la verdad ni con la producción de efectos, simplemente busca *representar* y no comunicar un estado de cosas, evento u objeto. Esta afirmación, que se sustenta en el carácter representacional singular que hemos admitido a lo largo del presente trabajo, surge como respuesta a los casos donde las condiciones de satisfacción de la intención de significar difieren de las condiciones de satisfacción y de la sinceridad del acto de habla.

Examinemos ahora un acto conmisivo con intención de significar. Pensemos que realizo un acto de habla frente a mi familia en el cual emito ‘prometo llevar a Violeta al veterinario’. El contenido formal de tal emisión es: a) la intención en mi acción produce que yo, en un primer momento, realice tal promesa y, segundo, que en efecto lleve a Violeta al veterinario. Así, b) el que lleve a Violeta al veterinario tiene como condiciones de satisfacción que en efecto la lleve al veterinario. Esta condición tiene una dirección de ajuste mundo-mente. En casos como los de prometer el hablante, quien promete, es parte de las condiciones de satisfacción de la misma y el oyente o interlocutor es el destinatario de la misma. La emisión de la promesa es, en sí misma, un acto de habla realizado de forma satisfactoria, ya que la intención de comunicar en este caso es meramente procurar que mi interlocutor reconozca que he hecho una promesa. Sin embargo, el cumplir con lo prometido permite que se desarrolle y cumpla mi verdadera intención en la acción, en este caso en particular.

Los actos *directivos* por su parte poseen una estructura similar a la de los aseverativos. Supóngase que emito la siguiente orden ‘¡fuera de aquí!’. Entonces, a) los sonidos que salen

⁸Las cursivas son del autor.

de mi boca son el resultado de la intención en la acción, b) que emita tales sonidos tiene como condiciones de satisfacción que Valentina salga de aquel lugar, la dirección de ajuste de las condiciones se da en el sentido mundo-mente y c) que Valentina se retire en virtud de mi orden tiene esas condiciones de satisfacción⁹. Lo que ha sido ordenado a Valentina es cumplir una orden. De darse el caso de que la cumpla, se podría decir que el acto de habla y el EI se realizaron satisfactoriamente. Ahora, si Valentina no cumplió con lo ordenado, la orden seguirá contando como satisfactoria simplemente por el hecho de haber sido emitida, aunque mi EI no se haya satisfecho. El componente comunicativo de los actos de habla agrega a toda esta estructura intencional el reconocimiento de que la emisión de tales sonidos representa y tiene las condiciones de satisfacción que tienen. (Cf. Searle, 1992, p. 178).

Con los actos de habla declarativos tenemos un elemento adicional: una doble dirección de ajuste. Si, emito la expresión ‘los declaro graduados’ entonces el objeto de la emisión es crear un nuevo estado de cosas, a saber, crear graduados. Tenemos que tener en cuenta una condición especial y adicional para que tal enunciado sea significativo y para que se pueda realizar. Esta es que debe existir un acuerdo previo que me confiera la autoridad necesaria para que al emitir tal expresión, sea aceptada por los demás hablantes. Así, 1) ‘los declaro graduados’ representa un estado de cosas determinado, 2) emitir tal expresión *crea* que los estudiantes se conviertan en graduados, la dirección de ajuste en este sentido es mundo-palabra y 3) por medio de la representación en la emisión de que tal y tal es el caso, la dirección de ajuste es de mente-mundo. La estructura forma de este tipo de declaración es: a) esta intención en la acción *causa* que de mi boca salgan tales sonidos; b) el que emita tales sonidos tiene como condiciones de satisfacción que los estudiantes se gradúen, la dirección de ajuste es mundo-mente y c) que tal estado de cosas se cree (graduar a los estudiantes), por el hecho de emitir dichos sonidos, tiene como condiciones de satisfacción la direccionalidad de ajuste mente-mundo. En este caso, añade Searle, no se han realizado dos actos distintos. Por el contrario, se ha realizado un acto con dos direcciones, se ha cambiado el mundo mediante la representación de que tal cosa es el caso, al cambiarlo se cumplió con las condiciones de satisfacción de ambas direcciones (Cf., Searle, 1992, p. 180).

En resumen, la intención de significar está implícita en la mayoría de los actos de habla que realizamos comúnmente. La emisión de un acto de habla es una representación de un estado de cosas. Por lo tanto, al ser representación posee dos grandes rasgos. Uno de ellos es el componente representativo primario (EI), el otro el componente comunicativo. Ambos rasgo son distinguibles entre sí. Por lo tanto, la intención de significar proporciona y explica las condiciones de satisfacción y de sinceridad de los actos de habla, aun cuando la primera y

⁹ Tanto en los conmisivos como en los directivos se crean razones para las condiciones de satisfacción, es decir, las razones creadas por tales actos ilocucionarios determinan las condiciones de satisfacción (Searle, 1992, p. 178)

las últimas sean distintas. Así, el lenguaje tiene como objeto representar la intencionalidad de la mente y esta capacidad de representar está dada por la intención de significar de la mente misma. Esta misma intención de significar es la que proporciona a los objetos no intrínsecos de la mente un sentido y significado simplemente estableciéndolo.

2.3 Propuesta externista de la constitución de los estados mentales de Putnam

Habiendo esbozado, *grosso modo*, la estructura de los EI y observado el funcionamiento de las creencias, los deseos, la percepción, los recuerdos y las intenciones de, indagamos el papel de la causación dentro de las mismas. Concluimos que el fenómeno de la causación, siendo experimentable por el agente, forma parte de las condiciones de satisfacción de algunos EI tales como la percepción y las acciones. Esta postura deja ver, una vez más, la inclinación de Searle por las explicaciones de sentido común. Teniendo en cuenta todos estos elementos presentes en el panorama, surge la pregunta por cómo se constituyen dichos estados mentales. Este punto es crucial para entender cómo es posible que podamos emitir oraciones de forma significativa. La constitución de los estados mentales enfrenta dos corrientes: la internalista, adoptada por Searle, y la externalista de Putnam, como lo veremos.

En las teorías externistas se sugiere que si podemos dar cuenta de la relación causal existente entre el mundo y la mente del hablante, se podría explicar la constitución de los estados mentales. Aunque hay variantes de estas teorías, su núcleo central es que la fijación de los significados y, por tanto, la de la referencia se da por medio de la interacción colectiva, es decir, que, contrario a la visión internalista, la fijación de los significados y de las referencias necesita de la relación colectiva de los hablantes para lograr que se fije una referencia. El externismo propone una teoría de referencia causal donde la comunidad es la que fija en la mente de los hablantes los contenidos mentales, es decir, las relaciones causales entre el hablante y la comunidad dan paso a la formación del contenido intencional en el hablante. Hilary Putnam es uno de los pensadores más sobresalientes de esta corriente, su teoría de la referencia causal brindó aportes significativos al ámbito de la semántica y, en consecuencia, aportó una nueva forma de ver la constitución de los EI. Por su parte el internismo -del que, como en el caso del externismo, hay múltiples variantes- sostiene que no hay nada fuera de la mente del hablante que aporte a la construcción de los significados ni de la referencia. Esta postura sugiere que la composición de los estados mentales se debe exclusivamente a razones internas del hablante, es decir, que todo EI es constitutivamente independiente de factores externos. Para los internistas, la referencia de un término implica la asociación del objeto con los contenidos mentales del hablante. La referencia se logra cuando se asocia el objeto con una lista de rasgos (color, forma, peso, etc.) que corresponda a la extensión del término. Así, cuando los contenidos mentales son asociados al término, se obtiene la referencia. Los términos tienen dos componentes: el sentido o significado y la extensión. Como hemos resaltado anteriormente, Searle privilegia una postura internista frente al tema de la constitución de los estados mentales en la que participa elementos propios de la

estructura intencionales como la Red y el Trasfondo que influyen directamente sobre la imposición de las referencias y sobre el mismo contenido mental. Para el propósito del presente apartado estudiaremos, en un primer momento, la propuesta de Putnam para el externismo. En el próximo capítulo, analizaremos la respuesta de Searle a la teoría causal de la referencia.

2.3.1 Hilary Putnam

Putnam pretende mostrar cómo el contacto con el mundo es indispensable para lograr que el significado de un término determine la extensión del mismo y que, contrario a la tradición, el significado no se auna cuestión de estados psicológicos internos y privados de cada agente. Putnam plantea dos argumentos para mostrar esta tesis. El primero de ellos es la división de la labor lingüística en la comunidad; el segundo, el argumento de la tierra gemela. La pretensión de Putnam es mostrar que el significado guarda una relación con las propiedades misma de las cosas, es decir, con lo que la cosa *realmente es*. La extensión de los términos no se fija por los contenidos mentales, sino que tanto la comunidad como el objeto mismo aportan elementos para lograr la referencia.

En su argumento inicial Putnam señala que la división del trabajo lingüístico requiere la participación de la comunidad para que un hablante pueda realizar una referencia acertada. Putnam ejemplifica su argumento tomando como modelo la utilización de la palabra ‘petirrojo’. Putnam nos dice: “La palabra ‘robin’ [petirrojo] no se refiere a la misma clase de pájaro en Estados unido y en Inglaterra. (Tampoco las palabras ‘sparrow’ [gorrion]) (Putnam, 1990, P. 49-50)”. Supongamos, dice Putnam que tenemos dos personas, una inglesa, la otra estadounidense. Ambos saben únicamente que el pájaro en cuestión tiene el pecho rojizo. En ambos casos los hablantes tienen el mismo estado mental. No obstante, dice Putnam, en ambos casos los estados mentales no refieren a la misma especie. Las representaciones mentales asociadas a la palabra ‘petirrojo’, son diferentes en la mente de cada hablante y, por ello, la extensión del término en este caso es diferente en cada caso y esto es porque las representaciones mentales del hablante no bastan, aunque este sepa cómo usar el término para determinar la extensión del mismo.

La referencia es un fenómeno social. Los hablantes individuales no tienen por qué saber cómo se distingue la especie ‘petirrojo’ de otras especies similares, o cómo se distinguen los olmos de las hayas o el aluminio del molibdeno, etc. Siempre pueden consultar a expertos (Putnam, 1990, p.50)

Para Putnam es indiscutible que dentro de la comunidad existe hablantes que están más instruidos en unos temas que en otros, y a estos los llama ‘expertos’. Estos expertos pueden ayudar a determinar la extensión de un término, aplicando diferentes test que ayuden a identificar los rasgos característicos de un objeto. De esa manera se fija la extensión. Por ello, la extensión de un término no puede construirse de forma individual. El lenguaje tiene un carácter social indiscutible.

En el argumento de la tierra gemela Putnam plantea una situación hipotética o contrafáctica –un experimento mental– donde su propósito es demostrar cómo la interacción de los agentes con el entorno determina el contenido mental. Imaginemos, dice Putnam, el siguiente experimento.

Vamos a suponer que estamos en el 1750 (tanto en la tierra como en la tierra gemela) y que aun no se inventa la química daltoniana. Imaginemos también que los habitantes de la tierra gemela tienen cerebros idénticos a los nuestros, una sociedad virtualmente idéntica, y así sucesivamente. La única diferencia relevante entre ambas Tierras es el líquido que hace las veces de agua en la tierra gemela; se supone que no es H_2O , sino un compuesto diferente denominado “XYZ”. En la tierra gemela no llueve H_2O sino XYZ, el hielo no es de H_2O , sus habitantes beben XYZ y sus lagos y ríos están llenos de XYZ, etc. Todas las características superficiales (líquida, incolora, insípida) de nuestra agua son similares a las características de la Otra agua, salvo que agua es XYZ en lugar de H_2O (Putnam, 1988, p. 60-75).

Ahora supóngase que un habitante de la tierra viaja a la Tierra Gemela e identifica el líquido incoloro, sin sabor e insípido como agua, la sustancia que en realidad es XYZ. Y de forma análoga un habitante de la Tierra Gemela viaja a la tierra e identifica una sustancia incolora, insípida e inolora como agua. No obstante, Putnam nos pide suponer que, al pasar los años y gracias a los avances científicos, se descubre que el líquido que en la tierra el habitante llama ‘agua’ tiene la siguiente composición química H_2O . A su vez, el líquido en la Tierra Gemela, aunque con las mismas características, posee una composición química diferente es, supongamos, XYZ y no H_2O . Luego de darse el descubrimiento científico, cuando tanto los hablantes de la tierra como los de la Tierra Gemela se refieren al ‘agua’ los contenidos de sus cabezas siguen siendo idénticos, sin embargo, la extensión de los términos es diferente en cada caso. El término ‘agua’ en la tierra significa ‘ H_2O ’ y el significado de ‘agua’ para la Tierra Gemela es de ‘xyz’. Aunque las extensiones cambiaron para cada caso, los contenidos mentales no lo hicieron. Los habitantes de la tierra como los de la Tierra Gemela tienen el mismo significado cuando se refieren al término ‘agua’, pero la extensión en cada caso es distinta. Esto se debe a que en cada caso cuando los habitantes de la tierra definen ‘agua’ lo hace bajo el criterio de mismidad, donde relacionan indexicalmente ‘agua’ con todo aquello que guarde una relación de mismo con el ‘agua’. El componente indéxical le permite a Putnam mostrar cómo la referencia está en una estrecha relación con lo que las cosas realmente son. Cuando los hablantes, tanto en la tierra como en la Tierra Gemela, se referían al término al ‘agua’ como ‘esto es agua’, antes del descubrimiento científico, el contenido mental de sus cabezas era exactamente el mismo en ambos casos. Sin embargo, la expresión indéxical ‘esto’ determinaba diferentes extensiones, incluso antes de los descubrimientos químicos. Para Putnam el hecho de que se necesite la intervención de factores externos es prueba suficiente para sostener que los significados no están en la cabeza y que, por el contrario, hay un vínculo causal entre *el exterior* y lo que tenemos en la cabeza (Zuluaga, 1995, p. 121-123). Pero, en sí ¿qué es el componente indéxical? Se entiende por componente indexical todo rasgo que individualice y me permita establecer una relación de mismidad entre objetos. Por ejemplo, al decir ‘este es el diamante azul’. En esta emisión la expresión indexical ‘este’ establece una relación con el objeto aporta elementos para fijar la referencia

de la extensión (el diamante azul) siempre y cuando el objeto guarde una relación de mismidad (igualdad) con lo que yo conozco por diamante azul, es decir, debe estar constituido por moléculas de carbono, debe tener una forma específica y debe reflejar cierto espectro de luz para que yo logre hacer la referencia a la extensión de forma satisfactoria.

Vamos un poco más afondo para entender a qué se refiere Putnam con indexicalidad. El componente ‘indexical’ refiere a una parte de la emisión (“esto”, “eso”, “aquello”, “aquí”, “ahora”, “yo”, etc.) que relaciona las propiedades del objeto con la emisión del hablante, estableciendo una relación de mismidad entre el objeto. Por ejemplo, supongamos que un habitante de la Tierra Gemela dice ‘el líquido en este lago es agua’ y, de igual forma, lo hace su análogo en la Tierra Gemela. Aunque ambos habitantes tengan un idéntico estado psicológico las extensiones no lo son y esto es gracias al componente indexical. Pero, ¿cómo funciona la indexicalidad? La indexicalidad es un criterio que asocia el hablante a la emisión en la cual expresa implícitamente una relación de ‘mismidad’ entre las propiedades que el hablante conoce bajo el término ‘agua’ y la sustancia denominada por él como ‘agua’ en la emisión. En otras palabras, lo que hace que la extensión de un término sea diferente aunque tengamos dos hablantes con estados psicológicos/mentales idénticos es la propiedad de – ‘comportarse como’. La propiedad de –‘comportarse como’ no es una propiedad cualitativa, es una propiedad indexada a la extensión real del término; en este caso, una propiedad indexada a la extensión de agua del mundo real (Putnam, 1988, p. 65).

Para algunas corrientes externista este componente indéxical *no* puede ser explicado por el internista, ya que carece completamente de sentido propio, porque varían de caso en caso. Esta variación se debe a que dicha parte de la emisión tiene un sentido ocasional, es decir, dependerá siempre del contexto. Así, por ejemplo, en cada caso, si digo: “*esto* es yogurt”, entonces, la expresión indexical ‘*esto*’ establece una relación entre la sustancia señalada por el hablante (por mí) y la extensión de ‘yogurt’. De forma análoga, si digo “*esto* es un borrador” nuevamente se establecerá una relación de mismidad con otro objeto que me permitirá referir a una extensión exacta. Así, la expresión indexical habrá cobrado un sentido diferente en cada ocasión.

No obstante eso no parece un problema que afecte la teoría de Putnam. Por el contrario, el elemento indexical es parte fundamental de su argumento ya que es a través de él que la tesis fundamental del externismo se constata: los significados de las palabras no están en la cabeza. Con estos argumentos Putnam cree demostrar que dos agentes pueden tener estados psicológicos idénticos en sus cabezas, con referencia a extensiones diferentes. Putnam considera que la teoría tradicional niega toda posibilidad de que el mundo y la comunidad contribuyan al significado de las extensiones. Admitir esto, según Putnam, nos conduce a un escepticismo. Si, como lo sostiene la tradición, el significado es enteramente fijado por los estados intencionales y si estos últimos no poseen un vínculo ni con el mundo ni con los hechos objetivos, entonces, no hay nada que nos permita establecer una relación con ellos. Si esto último es así, entonces jamás podremos referirnos de forma autentica ni al mundo ni

a los hechos objetivos o estar seguros de que hay algo allí afuera. Por ello, el esfuerzo teórico de Putnam está encausado a mostrar que, en efecto, existe un mundo real y que es él el objeto de nuestras referencias. Así su externalismo nos lleva a aceptar que hay un contacto permanente con el mundo real.

Sin embargo, para Searle, lo que Putnam ha hecho es cambiar un contenido intencional por otro, cambiar la intención del agente por el contenido indexical. Para Searle, la posibilidad de que diferentes agentes pueden tener el mismo estado psicológico con diferentes extensiones se explica porque el componente indexical es auto-referenciales, en el mismo sentido en que lo son las percepciones. Esto quiere decir que cada estado psicológico posee condiciones de satisfacción diferentes, dado que, en cada caso, son auto-referenciales. Teniendo en cuenta la perspectiva internista de la intencionalidad, cada EI posee condiciones de satisfacciones diferentes y ello se debe a la autorreferencialidad de algunos eventos y fenómenos intencionales como vimos en los apartados anteriores y como lo veremos en el siguiente capítulo.

A lo largo de este apartado examinamos los planteamientos de Putnam frente a la constitución de los estados mentales. El experimento mental de la Tierra Gemela nos permitió ver que cómo para la corriente externista es fundamental el componente externo, ya que gracias a él se pueden fijar las extensiones de los términos. Los significados se construyen de forma colectiva mediante la interacción de los hablantes con el mundo y está es la razón por la cual el componente indexical acompaña todo estado psicológico a la hora de determinar una extensión.

De ahí que Putnam sostenga que lo que hay en la cabeza es insuficiente para fijar la extensión de un término. Si el internismo fuera cierto no habría forma de relacionar el significado de un término con su extensión dado que no existe factor que comunique lo que hay en la cabeza con el exterior. Para ello Putnam se vale del componente indexical y de la cooperación entre hablantes para demostrar que las relaciones causales determinan la extensión del término referido. Confirma así que la concepción externista establece una conexión constante con el mundo exterior y que esta conexión es necesaria. Esto implica, por supuesto, que no tiene cabida los problemas de escepticismo que sí afectan a la corriente internalista.

Para Searle, el acceso directo que le brindan los estados intencionales al hablante mediante las relaciones causales muestra cómo, efectivamente, lo que hay en la cabeza (EI, la Red y el Trasfondo) del hablante es suficiente para fijar una referencia. Teniendo en cuenta que en su mayoría los EI se desarrollan en la estructura de los actos de habla y que de esta forma logran impactar sobre el mundo, Searle incluye dentro de su teoría los aspectos causales de los actos de habla. Así, tenemos que la causación es vista y entendida como una relación natural y real entre los eventos que ocurren en el mundo. Entender la causación en estos términos implica admitir que la ‘causa’ se da en forma de ‘presentación’ y el efecto en

términos de ‘representación’ del evento intencional. Y admitir esto supone afirmar que se da una relación lógica ente causa y efecto.

Así, como en las percepciones e intenciones la causación juega un papel fundamental, en algunos actos de habla también ella interviene. En actos de tipo declarativo, por ejemplo, tenemos que las emisiones realizadas causan la creación o cambio de estado de determinados eventos y objetos del mundo, y esto, gracias a la doble dirección de ajuste en virtud de la intención de significar presente tanto en el acto como en el EI del hablante. La intención de significar presente en los diversos EI y en los actos de habla posee un doble nivel de intencionalidad en cada caso: uno se refiere a la intención con la que se realiza cada acto, otro la intencionalidad propia del EI. Los rasgos ‘representativos’ y ‘comunicativos’ de estos actos de habla aportan forma a la estructura de la intención del significar en cada caso. Siendo el significado un tema de intenciones del hablante, este se considera un rasgo propio, es decir, intrínseco de la mente. Sin embargo, esta postura internista ha sido ampliamente criticada por la corriente externista. Esta última perspectiva, supone que la capacidad de significar y de referenciar se da en virtud de las transacciones causales que experimenta el hablante de forma regular y que esta capacidad está mediada por aspectos representacionales (Red de EI) y no representacionales (Trasfondo) del agente.

TERCER CAPÍTULO

Respuesta internista al problema del significado

En el presente capítulo examinaremos la respuesta de Searle al planteamiento externista que ofrece Putnam frente al problema del significado. Si bien, Searle ha adoptado una postura internista, ha reconocido que se ha distanciado en ciertos aspectos de la posición internista ortodoxa, razón por la cual él mismo ha proclamado que su trabajo es una visión internista *peculiar*. La idea de la intencionalidad como producto de la evolución de las células superiores y su realización en la estructuras físicas del cerebro son la base sobre la que se sostiene la tesis de que el significado es el producto del hablante, intenciones que son enteramente internas a la mente. Siguiendo estas ideas, Searle refutará los planteamientos de Putnam argumentando que el contenido mental es suficiente para la referencia. Para ello replicará ofreciendo una explicación de cómo las expresiones indexicas se relaciona con la intencionalidad. La explicación de Searle permite además dar cuenta del aparente problema escéptico que acarrea la perspectiva internista en el contexto de la estructura intencional. Y, finalmente, de la mano, de Searle daré respuesta a la pregunta inicial, a saber, ¿cómo es posible que la mente logre impactar significativamente los signos lingüísticos y sobre el mundo?

3.1 Réplicas a Putnam

Dentro de la explicación de Putnam sobre la referencia, Searle toma en cuenta los dos argumentos expuestos por este pensador. El primero de ellos es el de la división del trabajo lingüístico y, el segundo, el argumento de la Tierra Gemela. En ambos argumentos Putnam muestra desde la perspectiva externalista como los contenidos mentales son insuficientes para lograr determinar la extensión de un término. Para Searle, y la visión internista en general, el argumento de la división del trabajo lingüístico no representa ningún tipo de problema, puesto que, según Searle, este argumento no logra demostrar que la intencionalidad de la mente del hablante como rasgo intrínseco no tenga la capacidad para determinar autónomamente la extensión de un término.

Según Putnam, si un hablante del común no tiene la capacidad (por no ser experto), de diferenciar entre dos especies diferentes de árboles, en este caso, entre las “hayas” y los “olmos” (Putnam, 1991, p. 45-49), el hablante podría asegurar que la extensión de ‘haya’ es diferente de la extensión de ‘olmo’. Esta distinción, en términos de la extensión, *no* se da en virtud de los conceptos mentales del hablante. El hablante podría asociar ciertos conceptos (ser un árbol con ciertas características) de igual forma tanto al término ‘haya’ como al término ‘olmo’ dando como resultado un mismo estado mental. Dado el caso de que el hablante desee saber con certeza el significado del término ‘haya’, por ejemplo, puede recurrir a la comunidad de expertos quienes determinarán la extensión del término. Este argumento, según Putnam, dejaría ver que la asignación de las extensiones se da en forma colectiva y no en virtud de estados psicológicos (Putnam, 1991). Según esta postura, dentro

del idiolecto del hablante se puede asociar los mismos conceptos a diferentes extensiones. De ahí que Searle afirme que teniendo en cuenta la naturaleza de la intencionalidad y que siendo el lenguaje una representación de la intencionalidad es imposible que el significado o sentido y las extensiones dependan del idiolecto del agente (Searle, 1992, p. 206-208). Si hemos definido la estructura de la intencionalidad como un rasgo intrínseco producto de la evolución de la especie humana, entonces, no es posible admitir que la intencionalidad de la mente del hablante sea incapaz de impactar y transformar el entorno del hablante mismo, la visión externalista, en su afán por no caer en un escepticismo, restringe la capacidad intencional de la mente del hablante.

Por lo que respecta al argumento de la Tierra Gemela, Searle sostiene que lo único que logra ofrecer Putnam es una explicación intencional alternativa en términos de descripciones indexicas de los significados (Searle, 1992, p. 214). Por lo tanto, Searle aceptará el aspecto intuitivo del ejemplo para mostrar que aun así no es posible afirmar que los significados no están en la cabeza. Lo que pretendió evidenciar Putnam, según Searle, mediante su ejemplo de las tierras gemelas es que el conjunto de los estados mentales del hablante carecen de la fuerza necesaria para determinar extensiones. Recordemos que para Putnam los significados se definen indexicalmente, es decir, mediante una relación de mismidad entre la ‘esencia real’ del objeto y el objeto frente a mí. En otras palabras, las entidades que determinan la extensión de un término están sujetas a los rasgos indexicos de cada objeto, evento o estado de cosas. Ello implica admitir que el componente indexical se encuentra fuera de la mente. Así, en el caso del terrícola y del terrícola de la otra tierra aunque sus estados mentales eran aparentemente idénticos determinaban como extensiones del término ‘agua’ dos sustancias diferentes. Desde la perspectiva de Putnam el elemento indexical no hace parte de los contenidos de la mente, por el contrario, los rasgos indexicales corresponden a los rasgos propios del objeto, es decir, a su micro y macro estructura y, dado que conocemos su estructura, entonces, el elemento indexical no está en la mente.

Desde la perspectiva de Searle, este ejemplo evidencia que Putnam reemplaza una lista de conceptos que están asociados a un término por un rasgo indexical. Sin embargo, esto no es razón suficiente para admitir que los significados no estén en la cabeza. Nuevamente, es en virtud de la idea de que la intencionalidad deviene de la evolución de las células de organismos superiores y de que, por medio de ella, la mente logra hacer contacto con el mundo que todo rasgo, evento o fenómeno producido por la mente debe contener intencionalidad. Si esto es así, y tenemos en cuenta que los EI poseen una dirección de ajuste y que, en esa medida, poseen unas condiciones de satisfacción específicas, entonces no es posible, suponer que exista algo (objetos o comunidad) que impacte sobre la mente de tal forma en la mente que determine los contenidos intencionales. El rasgo indexical bajo este punto de vista, es un rasgo más de la intencionalidad que si bien tiene un sentido general, es susceptible de ser usado de forma contextual. Como es de esperar, es necesario explicar los rasgos intencionales de la indexicalidad.

Si trasladamos este ejemplo al campo de la presente teoría intencional tendríamos que aceptar dos cuestiones. La primera de ellas es que, en virtud de la naturaleza de la intencionalidad, no hay un mismo EI con dos extensiones diferentes. Por el contrario, si, la extensión está determinada de manera indexical es porque tanto este elemento como las condiciones de satisfacción propias del EI determinan extensiones diferentes. De ahí que, para el caso de Putnam, la intencionalidad de cada agente determina EI con condiciones de satisfacciones particulares para cada caso y esto permite que los agentes, en cada caso, declaren como ‘agua’ a las diferentes sustancias frente a ellos. Por lo tanto, hay dos EI con condiciones de satisfacción diferentes y extensiones diferentes. Segundo, el elemento indexical tiene un carácter autorreferencial no causal. Para afirmar que los significados están en la cabeza es necesario resaltar la naturaleza de la indexicalidad desde una interpretación internista que nos permitirá seguir el hilo argumentativo de la explicación searleana de la intencionalidad.

El fenómeno indexical es autorreferencial porque, mediante las referencias indexicas (“yo”, “tú”, “él”, “aquí”, “ahora”, “allí”, “eso”, “esto”, etc.) se determina las relaciones que los objetos, estados de cosas y evento sostienen con el enunciado mismo o la relación del hablante con el enunciado (Searle, 1992, p. 226). Por ejemplo, si emito la expresión ‘yo creo que hoy es lunes festivo’, entonces, en este caso el hablante (yo) hago una referencia a un objeto particular (hoy) mediante el contenido intencional de mi creencia. La expresión indexica ‘hoy’ (carácter temporal) y ‘yo’, determinan el tipo de relación que el objeto referenciado (‘hoy’ y ‘yo’) mantiene con la emisión. Si bien estas expresiones tienen un carácter contextual, es decir, depende del contexto para obtener su sentido, es cierto también que poseen un significado léxico; este significado léxico fijo en las expresiones establecen un patrón de uso, de ahí que, la expresión indexica fije las condiciones de satisfacción de la emisión del indexico (Searle, 1992, p. 207).

Por ejemplo, cuando yo emito la expresión “yo creo que hoy es lunes festivo” y Ud. emite “yo creo que hoy es lunes festivo”, aunque, ambas expresiones contiene la expresión indexica “yo”, que posee un significado léxico determinado, en cada caso la expresión “yo” tiene un significado diferente. En el primer caso, “yo” dicho por mí se refiere a mí y, en el segundo caso, “yo” dicho por Ud. refiere a Ud. El componente autorreferencial del elemento indexical afecta las condiciones del verdad del enunciado. Así, en el primer caso se satisfarán las condiciones sí y sólo si, (i) es verdad que soy ‘yo’ quien emito el enunciado y (ii) si la representación del EI se cumple, es decir, que en efecto hoy sea lunes festivo. Esta interpretación autorreferencial del indexical tiene entonces tres aspectos importantes que determinan su uso. El primero, es el carácter autorreferencial; el segundo, el componente léxico del significado de las expresiones y, el tercero, la capacidad de los interlocutores para entender el contexto de la emisión (Cf., Searle, 1992, p. 227-231). Esta es, sin duda alguna, una interpretación internista tradicional.

A consecuencia de esta interpretación, Searle decide sustentar su afirmación de que el rasgo indexical es intrínseco a la mente y, por lo tanto, no se puede sostener que los significados no estén en la cabeza. Para sostener tal afirmación, Searle, plantea un ejemplo igualmente intuitivo para mostrar que los rasgos indexicales en efecto están en la cabeza. Supóngase, dice Searle, que tenemos un EI tal como “el asesino de Brown” esta intensión establece lo que es el caso para que alguien sea “el asesino de Brown” y esto sucede independiente de si tengo el conocimiento sobre quien es “el asesino de Brown” o no lo tengo. Aun con todas estas carencias el EI o la intensión me determinan (establece condiciones de satisfacción) que debe ser el caso para que alguien sea “el asesino de Brown”. Esto se debe a que el contenido intencional es equivalente a la micro estructura del “asesino de Brown” y ello es igual al contenido de la intención y a su juego de condiciones de satisfacción (Cf., Searle, 1992, p. 210-212). Desde este punto de vista el elemento indexical que me define la extensión “el asesino de Brown” no están en ningún sentido fuera de la mente.

Las relaciones existentes entre el contenido intencional y el elemento indexical es un punto crucial dentro de la teoría de Putnam y también un punto que le permitiría a Searle mostrar que Putnam no logró probar que los significados efectivamente no están en la cabeza. Para Putnam, dado que los elementos indexicales no están en la cabeza es imposible que ellos puedan sustentar la idea tradicional de que los contenidos mentales determinan las extensiones. Para el internismo de Searle tal afirmación resulta completamente errónea ya que, primero, cuando hablamos de intenciones hablamos de un contenido intencional y si dentro de tal contenido hay expresiones indexicas, entonces ello quiere decir que los elementos o frases indexicales poseen intencionalidad y es esta la que determina la extensión. Segundo, como admitimos anteriormente podemos tener eventos intencionales de idéntico tipo y con condiciones fenoménicas idénticas y, con todo, tener contenidos intencionales con condiciones de satisfacción diferentes. Retomemos el argumento de la Tierra Gemela, supóngase que, Jones y Jones gemelo tienen una experiencia visual del agua. Y supongamos también que, tienen la misma experiencia bajo las mismas condiciones fenoménicas (luz, tiempo, espacio, etc.). Ahora, supongamos que ambos definen ‘agua’ como una sustancia de tal y tal aspecto y que tal definición se da en virtud del elemento indexical (Searle, 1992, p. 213). Para Putnam es imposible admitir que dos contenidos mentales, que han surgido como resultado de una misma experiencia fenoménica, puedan concluir con dos extensiones diferentes. Y esto se debe a que, Putnam supone que, si las experiencias son de idéntico tipo, deberían por consiguiente tener la misma extensión.

Por su parte, Searle sostiene que es posible (y no solo posible sino que es frecuente) que tanto yo como Ud. tengamos experiencias de idéntico tipo en idénticas circunstancias fenoménicas y que, con todo, determinemos extensiones diferentes. Por ejemplo, supongamos que si Jones y Jones gemelo definieron ‘agua’ como toda sustancia que es idéntica al objeto que *causa esta* experiencia visual en cada caso. Ahora es necesario admitir que tanto el componente indexical como los eventos perceptivos tienen un carácter

autorreferencial. En cada caso, el efecto autorreferencial del evento perceptivo determina unas condiciones de satisfacción específicas para el caso de Jones y de Jones gemelo. Aceptar esta perspectiva implica aceptar que cada vez que definimos objetos, eventos y estados de cosas podemos querer decir cosas diferentes, cada uno en cada caso. Ni el argumento de la división lingüística ni el de la Tierra Gemela lograron mostrar que los significados no están en la cabeza. Por el contrario, Putnam nos advierte sobre la intencionalidad del elemento indexical (Cf., Searle, 1992, p. 203-214).

Esta respuesta internista de Searle ensambla cada elemento de su teoría de la intencionalidad de forma tal que tenemos como consecuencia que la mente genera una cantidad asombrosa de eventos y fenómenos intencionales que nos permiten establecer una relación con el mundo mediante los actos de habla. Adoptar esta perspectiva supone respuestas intuitivas que no presuponen, en ningún sentido, la creación de estructuras metafísicas que sustenten teorías relacionales entre la mente y el mundo. La intencionalidad de la mente es el eslabón que nos conecta de forma directa con el mundo. Esta visión biologicista desafía grandes enfoques tradicionalmente aceptados y ampliamente estudiados, como por ejemplo, la teoría dualista de Descartes, la teoría semántica de Putnam y de Burge (teoría que no fue tratada en este trabajo). También, rescata e incorpora elementos relegados por otras teorías tales como, la percepción, la indexicalidad, la causación intencional, entre otros. Todos estos elementos incorporados a la estructura intencional de la mente conforman una visión integral, simple y analizable desde el sentido común. Por el contrario, es difícil pensar que exista algo fuera de la mente que tenga la capacidad de impactar sobre mí de tal forma que me dirija hacia cierto lugar o hacia cierto tipo de estado mental, como es el caso del ‘genio maligno’ en Descartes, que no me permite tener certezas sobre los objetos (incluyendo mi cuerpo), eventos y estados de cosas del mundo. Recordemos que la estructura de la intencionalidad posee ciertos rasgos característicos que permiten una referencia significativa, tales rasgos son: contenido intencional, dirección de ajuste, condiciones de satisfacción, dirección de causación, un trasfondo y una red. Todos estos elementos tienen un papel fundamental puesto que cada uno fija las condiciones que deben cumplir los objetos, eventos y estados de cosas para que la mente pueda hacer referencia a ellos. Esto implica que el fenómeno causal que actúa sobre los EI, actos de habla y los efectos producidos por ellos es una relación natural y real entre los eventos que ocurren en el mundo natural.

Sí, esta es una relación real, entonces, se pueden evidenciar en algunos tipos de actos de habla en los que la causalidad interviene. En los actos ilocucionarios, por ejemplo, las emisiones causan o crean nuevos estados de cosas mediante una doble dirección de ajuste. Por ejemplo, cuando un juez expresa ‘los declaro divorciados’, en un primer momento tenemos que la dirección de ajuste de la emisión se da en sentido mente-mundo y la dirección de causación es mundo-mente. Así, como en las percepciones e intenciones la causación juega un papel fundamental en este tipo de actos de habla. El acto ilocucionario causa, crean nuevos estados de cosas o cambian la significación de un estado de cosas en

virtud de las intenciones del hablante. Estas formas de significar mediante actos de habla declarativos poseen un doble nivel de intencionalidad en cada acto uno que refiere a la intención con la que se realiza cada acto y el otro la intencionalidad propia del EI los rasgos ‘representativos’ y ‘comunicativos’ de estas emisiones aportan forma a la estructura de la intención del significar en cada caso. Estas emisiones dejan ver la naturaleza de la estructura de la intención del significar en cada caso. Por lo tanto, y contrario al planteamiento de Putnam, el significado es un tema de intenciones del hablante este se considera un rasgo propio, es decir, intrínseco de la mente. Esta postura, evolucionista de la intencionalidad, además le permitió afirmar a Searle que podemos compartir contenidos intencionales con otros agentes sin tener que recurrir a ningún tipo de estructura metafísica compleja que sustente la capacidad de los agentes para compartir contenidos intencionales (Searle, 1992, p. 204).

Admitir, como hecho indiscutible, que el cumplimiento de las condiciones de satisfacción de todo EI es el gran obstáculo que pone la mente para interactuar, implica que cabe la posibilidad de que existan, si es que existen, objetos, evento y estados de cosas a los que la mente, no logre llegar. Esta pregunta es una de las grandes críticas de la corriente externista a la visión de Searle.

Searle, recordemos, tomaba como punto de partida ciertos postulados de sentido común, entre ellos, que su teoría presupone la existencia del mundo externo y que gracias a la percepción el agente puede interactuar directamente con él. Como hemos admitido a lo largo del presente trabajo, las condiciones de satisfacción juegan un papel fundamental dentro de la teoría intencional puesto que en ellas recae toda la responsabilidad de la referencia significativa que puede ejercer la mente sobre el mundo. También, admitimos que los contenidos proposicionales de los EI representan los estados de cosas, eventos y objetos del mundo. Sin embargo, tal representación no se lleva a cabo de forma tradicional.

Por el contrario, el término ‘representación’ tiene un sentido particular dentro de la presente teoría. Recordemos que representación, en este contexto, hace referencia al conjunto de condiciones de satisfacción que proveen el contenido proposicional y el modo psicológico de los EI (Cf., Searle, 1992, p. 27). Supongamos que, tanto Ud. como yo, vemos el mismo ‘anillo sobre la mesa’ y, en virtud de ello, cada uno tiene los siguientes EI: (a) Ud. cree “que hay un anillo de compromiso sobre la mesa” y (b) yo creo “que hay un anillo sobre la mesa”. En un primer análisis tendríamos que aceptar que en la expresión (a) Ud. tiene un EI del tipo de las creencias. Y también que esta creencia está basada en una experiencia visual que tiene el siguiente contenido proposicional: Tengo una experiencia visual de –un anillo de compromiso sobre la mesa que está frente a mí y el hecho de que el anillo esté sobre la mesa frente a mí, causa que yo tenga tal experiencia visual-, con dirección de ajuste mente-mundo y dirección de causación mundo-mente. Este contenido presentacional sustenta la creencia expresada en (a) y, a su vez, determina las condiciones de satisfacción del EI. Para que tal EI

se satisfaga debe ser el caso de que, el anillo sea un anillo de compromiso y que el anillo esté sobre la mesa.

El segundo caso, la expresión (b), se desarrolla análogamente. En este caso yo tengo un EI del tipo de las creencias, que tiene una dirección de ajuste mente-mundo. Esta creencia está basada en una experiencia visual que tiene el siguiente contenido proposicional: Tengo una experiencia visual de –hay un anillo sobre la mesa que esta frente a mí y el hecho de que el anillo esté sobre la mesa frente a mí, causa que yo tenga tal experiencia visual-, con dirección de ajuste mente-mundo y dirección de causación mundo-mente. Este contenido presentacional sustenta la creencia expresada en (b) y, a su vez, determina las condiciones de satisfacción del EI. Ahora, para que tal EI se satisfaga debe ser el caso tanto de que el objeto en la mesa sea un anillo como que el anillo esté sobre la mesa. En un segundo análisis, podemos establecer lo siguiente, dado que las condiciones de satisfacción determinan la referencia, entonces, debemos admitir que el EI representa un aspecto diferente del objeto en cada caso. En el caso (a) Ud. se representó el objeto sobre la mesa como un anillo de compromiso y esto sucedió porque Ud. Posee un ‘punto de vista’ único. Asimismo, en el caso (b), yo me represento el objeto sobre la mesa como un simple anillo, es decir, sin ninguna connotación sentimental. Esto sucede igualmente porque en mi caso yo poseo un punto de vista único, diferente al suyo (Cf., Searle, 1992, p. 64). Podríamos concluir entonces que los objetos son susceptibles de ser referenciados bajo una multiplicidad de aspectos.

Con todo, supongamos que este ejemplo está en lo correcto y que demuestra efectivamente cómo podemos representar objetos, eventos y estados de cosas del mundo bajo aspectos diferentes. exploremos otro ejemplo para ver el carácter aspectual de los enunciados. Pensemos que entro a mi habitación y percibo el ‘taquistoscopio’ sobre el escritorio de mi habitación. Ahora, a partir de esa experiencia visual me represento, mediante un EI, lo siguiente: (a) el ‘taquistoscopio’ es una herramienta para mejorar la amplitud visual. Por su parte, mi madre ingresa a la habitación y bajo las mismas condiciones percibe de igual sobre el taquistoscopio’ sobre el escritorio, y se representa mediante un EI (b) este rectángulo de pasta sirve para trazar una línea recta.

En este caso, el contenido intencional de la primera expresión tiene como condiciones de satisfacción lo siguiente. Debe haber, primero, un taquistoscopio que cause en mi tal experiencia visual y esta experiencia visual del objeto debe causar mi EI. Segundo, el taquistoscopio debe servir como medio para mejorar la amplitud visual. En el caso de mi madre las condiciones de satisfacción del EI serán, primero, que haya un rectángulo de pasta sobre la mesa que cause la experiencia visual en ella y a su vez sea la causa del EI. Segundo, el rectángulo de pasta debe servir para trazar una línea recta, es decir, debe cumplir la función de una regla. En este caso aunque mi mamá desconozca la función del taquistoscopio, ella puede representárselo bajo otro aspecto gracias a su Red y Trasfondo que le permiten pensar en taquistoscopio bajo otras funciones. Recordemos que, aunque las

direcciones de ajuste de los estados y eventos intencionales pueden ser asimétricas entre sí, le intención de significar que impone las condiciones al EI lo hace de forma simétrica. Por lo tanto, para que el acto de habla se satisfaga es necesario que el estado psicológico o EI lo haga de igual forma (Cf., Searle, 1992, p.25-26). De forma similar, la intención de significar impone a las condiciones de satisfacción a la emisión. Así, nuevamente, aunque veo el mismo objeto que mi madre, lo represento bajo el aspecto (herramienta para mejorar la amplitud visual) mientras ella lo representa como una regla. Teniendo en cuenta estos casos, podemos afirmar que es posible que dos hablantes puedan representarse de forma independiente y diferente un mismo objeto, evento o estado de cosas bajo aspectos diferentes.

En resumen, es posible, primero, que la mente logre determinar la referencia los objetos, eventos y estados de cosas presentes en el mundo mediante su intencionalidad. Segundo, el hecho de que la intencionalidad sea un rasgo intrínseco de la mente no implica que sea incapaz de lograr una interacción con el mundo por sí misma. Tercero, las experiencias sensibles, como la percepción, pueden determinar las condiciones de satisfacción de los EI y, finalmente todos los EI se relacionan entre sí para brindarle a la mente un soporte que le permite mediante sus capacidades no representacionales una mayor interacción con el mundo.

La multiplicidad de aspectos bajo los cuales un hablante puede representarse los diversos objetos, evento y estados de cosas es indeterminada y dependerá de su horizonte (perspectiva). Si bien, dentro de la teoría intencional de Searle las formas aspectuales no están presentadas como una respuesta al ataque externista, en el cual se afirma que el análisis internista podría incurrir en un problema de escepticismo ya que parece dejar de lado el contacto con el mundo físico al momento de referir o establecer conexiones, es cierto que, representar los objetos bajo diferentes formas le permite al hablante no solo estar en contacto permanente con el mundo exterior sino que le da acceso a él con un sinnúmero de posibilidades. Toda referencia parece ser subjetiva y particular de cada hablante. Las formas aspectuales de los contenidos representativos son un rasgo importante de los EI que no dan cabida a tal problema. En términos generales, la intencionalidad de la mente está capacitada para lograr determinar la referencia de los objetos, eventos y estados de cosas presentes en el mundo y no sólo está capacitada para ello sino que logra además referir de múltiples maneras estos objetos, eventos y estados de cosas.

3.2 Conclusiones finales

A lo largo de presente trabajo se reconstruyó la teoría intencional de Searle para mostrar cómo la intencionalidad intrínseca de la mente imprime significado no solamente a los signos lingüístico sino que también lo hace sobre el mundo mismo y cómo le permite al hablante

referirse a cosas sobre el mundo. Para ello, Searle considera que la teoría evolutiva nos permite ver a nuestra mente como un producto de la evolución biológica de la especie humana. La idea de entender la intencionalidad como parte de los procesos físicos del cuerpo es novedosa. El esfuerzo teórico de Searle está conformado por explicaciones de sentido común que, por un lado, parten del hecho de que, en efecto, el mundo exterior existe con independencia de lo que se encuentra en nuestra mente (EI) y, por otro lado, afirma que mediante las percepciones el hablante puede acceder de forma inmediata a los objetos del mundo. Todas estas cuestiones le permitieron a Searle desarrollar una estructura de la intencionalidad que, junto a los actos de habla, configuran un esfuerzo teórico por superar el problema mente-cuerpo. La relación entre el hablante y el mundo se da mediante transacciones causales experimentables por el hablante de forma permanente. Los EI impresos en los actos de habla funcionan como puente para modificar e impactar sobre el mundo y otros hablantes.

Entender los actos de habla como acciones que realizamos constantemente es el primer paso para explicar cómo es que un hablante puede impactar efectivamente sobre el mundo. Por esto fue necesario retomar las concepciones de los actos de habla en Austin y Searle en el primer capítulo. Pero, más importante aún, era tener presente su estructura para poder analizar en qué momento la intencionalidad interviene e impregna las emisiones del hablante. Recordemos que los actos de habla están compuestos por un contenido proposicional, una fuerza ilocucionaria y una dirección de ajuste que determina las condiciones de satisfacción del acto de habla. Paralelamente los EI cuentan con un contenido representativo y una disposición psicológica que conforma lo que Searle denomina como ‘actitudes proposicionales’. El EI además está acompañado de una dirección de ajuste que, al igual que en los actos de habla, determina lo que es necesario para que el hablante pueda determinar la referencia de forma satisfactoria. En ambas estructuras, dice Searle, encontramos presente dos elementos indispensables para la realización del acto o de la referencia y estos son la Red de otros EI que le permiten al hablante configurar su acto o EI en relación con otros y el Trasfondo que refiere al conjunto de capacidades no representacionales del hablante para agenciar su acto, es decir, la capacidad de hablar, moverse, entender la situación, etc.

Tanto los actos de habla como los EI comparten un modelo paralelo en lo referente a sus condiciones de satisfacción y eso es porque lo que están implícitas en los contenidos proposicionales y en los contenidos representativos, en cada caso, junto a la dirección de ajuste. Para Searle esto quiere decir que las condiciones de satisfacción son internas a cada estado y a cada acto de habla. Por lo tanto, se puede afirmar que tanto los EI como los actos de habla representan los objetos, eventos y estados de cosas de la misma forma. Y es justo aquí donde se puede ver de forma más clara cómo el contenido intencional se encuentra presente en los actos de habla.

Si la mente de los hablantes posee tales propiedades entonces, junto a ella, debe existir el fenómeno de la causación mental que sustente la idea de que mediante los diferentes actos de habla podemos impactar y modificar el mundo exterior. La causación mental debió ser examinada junto a los EI y actos de habla. Searle apoya la idea de que regularmente experimentamos las múltiples transacciones causales como algo natural. La causalidad hace parte del contenido de satisfacción de los EI. Los EI que parte de las percepciones del hablante son el ejemplo perfecto para visualizar la relación causa, según Searle. El impacto que produce un objeto o evento del mundo sobre el hablante es de tal magnitud que causa en él cierto EI y a su vez este evento marca las condiciones de satisfacción del EI del hablante. Así que la causación no solamente es experimentable sino que también determina las condiciones de satisfacción tanto del acto de habla como del EI.

La relación entre ambas estructura se da de forma tan estrecha que la realización de los actos de habla está causada por los EI del hablante. El aspecto significativo de los contenidos mentales del hablante está determinado por la intencionalidad del hablante. La intención de significar, presente en el EI, está ligada a la intención de comunicar del acto de habla y, por ende, sus condiciones de satisfacción están entrelazadas. El doble nivel de intencionalidad presente en la realización del acto de habla debe ser satisfecha si se desea que el hablante refiera con éxito su intención de significar. Primero, las intenciones de significar son las que determinan las condiciones de satisfacción y de sinceridad del acto de habla y, segundo, el significado es una forma, entre otras, de intencionalidad. No obstante, esta postura debe ser revisada a la luz de los planteamientos de la corriente externalista en pro de ofrecer una repuesta integral al dilema de la intencionalidad. Contrario a las explicaciones de Searle, el externalista Putnam advierte que los significados deben construirse en colectivo, de lo contrario estaríamos tentados a caer en un escepticismo.

Putnam considera que en medio de la realización de los EI y actos de habla hacemos uso de algunas partículas ('éste', 'esto', 'ese', etc.) que permite identificar los objetos, eventos o estado de cosas al cual el hablante se refiere. La indexicalidad entonces se refiere a la asociación realizada por el hablante en la cual éste asocia la capacidad de 'comportarse como' al objeto para determinar la extensión del término. La indexicalidad es lo que permite que el hablante logre realizar la referencia y determinar la extensión de un término. Sin embargo, como ya lo vimos, Searle sostiene que es la intencionalidad, mediante las diferentes transacciones causales, las que conectan al hablante con el mundo y ello implica, por supuesto, que no hay problemas de escepticismo dentro del análisis de Searle y que lo que existe en la mente del hablante es suficiente para determinar la extensión de cualquier término.

Tenemos entonces ahora cómo responder a la pregunta que nos sirvió de hilo conductor a lo largo del presente trabajo ¿cómo logra la intencionalidad impactar sobre los signos lingüísticos y sobre el mundo? Como vimos el concepto de intencionalidad propuesto por Searle es lo suficientemente fuerte como para basar en él toda una teoría de la mente, con

grandes implicaciones en la filosofía del lenguaje. La capacidad intencional de la mente, la red, el trasfondo y la causalidad intencional presenta los elementos suficientes para establecer que la intención de significar del hablante es derivada de la intencionalidad de su mente y que, gracias a ella, es posible realizar conexiones con el mundo.

[...] necesitamos un conjunto de capacidades, porque el contenido intencional no es intérprete de sí mismo. El fondo (Trasfondo) establece que para que el cerebro trabaje permitiéndole a nuestro contenido intencional relacionarnos con el mundo se necesita algo más que el simple contenido explícito. Debe contarse con un conjunto de capacidades que nos permita interpretar el contenido, que están en todo el cerebro. El fondo está todo en cerebro (Searle, 2003, P.69).

Además, la intencionalidad presente en las intenciones ‘de’ o intenciones previas del hablante determinan de manera causal la forma en la que el hablante impacta y modifica el mundo exterior mediante la creación de nuevos estados de cosas. La capacidad intencional de la mente es suficiente para impregnar y direccionar, sin factores externos, los EI y los actos de habla. Entonces, los rasgos representativos y comunicativos de la mente determinan la intención de significar del hablante. Esto a su vez implica que el problema del significado es un tema exclusivo de las capacidades intencionales de la mente del hablante. Por lo tanto, el significado es un rasgo intrínseco de la mente de los hablantes. Y no como lo supone el externalismo. El planteamiento internalista nos ofrece la posibilidad de establecer un contacto con el mundo mediante los fenómenos EI. Adoptar esta postura no supone negar que el mundo, con todo lo que incluye, está dividido en dos, entre hablantes pensantes y objetos no pensantes. La capacidad intencional de la mente como rasgo intrínseco de la misma nos permite interactuar de forma directa y moldearlo mediante los actos de habla que realizamos constantemente. Ahora, como vimos, si el lenguaje es producto de la capacidad representacional de la mente entonces este es el medio ideal para referir a los objetos, eventos y estados de cosas presentes en el mundo, así, toda referencia hecha por un hablante tiene su origen en las capacidades de la mente. Y si esto último es verdad, los significados impuestos a los objetos y a los signos lingüísticos emanan de lo más profundo de la mente en virtud de las condiciones de satisfacción de los EI.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Austin, J. L. (1955) *cómo hacer cosas con palabras*. Recuperado de http://revistaliterariakatharsis.org/Como_hacer_cosas_con_palabras.pdf
- Brentano, F. (1935) *Psicología desde un punto de vista empírico*. Recuperado de https://lacavernadefilosofia.files.wordpress.com/2008/10/brentano_psicologia_desde_un_punto_de_vista_empirico.pdf
- Faigenbaum, Gustavo; *Conversaciones con John Searle*, Recuperado de <http://www.librosenlared.com>
- Hume, D. (2001). *Tratado de la naturaleza humana*. Recuperado de http://23118.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/informacion_adicional/obligatorias/034_historia_2/Archivos/Hume_tratado.pdf
- Moya, C. J. (ed. 2). (2004). *Filosofía de la mente*. España, Universitat de València.
- Pujadas, L. (1988). *Intensión, intención, intencionalidad*. Recuperado de <http://www.raco.cat/index.php/Taula/article/viewFile/70626/89819>
- Putnam, H. (1990). *Representación y realidad*. Madrid, España, Gedisa.
- Searle, J. R. (1992). Intencionalidad: un ensayo en la filosofía de la mente. Recuperado de <https://filosofosinsentido.files.wordpress.com/2013/07/303.pdf>
- Searle, J. R. (1994). Actos de habla: ensayo de filosofía del lenguaje. Recuperado de <https://www.textosenlinea.com.ar/libros/Searle%20-%20Actos%20de%20Habla.pdf>
- Searle, J. R. (2004, Octubre 04, *from From Biological Naturalism*. Recuperado de <http://socrates.berkeley.edu/~jsearle/>
- Searle, J. R. (2006). La mente, una breve introducción. Recuperado de <https://bondideapuntes.files.wordpress.com/2015/11/searle-la-mente-una-breve-introduccion-completo.pdf>
- Searle, J. R. (4ta. Ed.). (2001). *Mentes, cerebros y ciencia*. (L. Valdés, Trad.) Madrid, España: Ediciones Cátedra (Grupo Anaya S.A.).
- Zuluaga, M. (1995). Putnam y la teoría causal de la referencia. *Ideas y valores* (96-97), 115-141. Recuperado de <http://www.bdigital.unal.edu.co/21895/1/18427-59752-1-PB.pdf>